

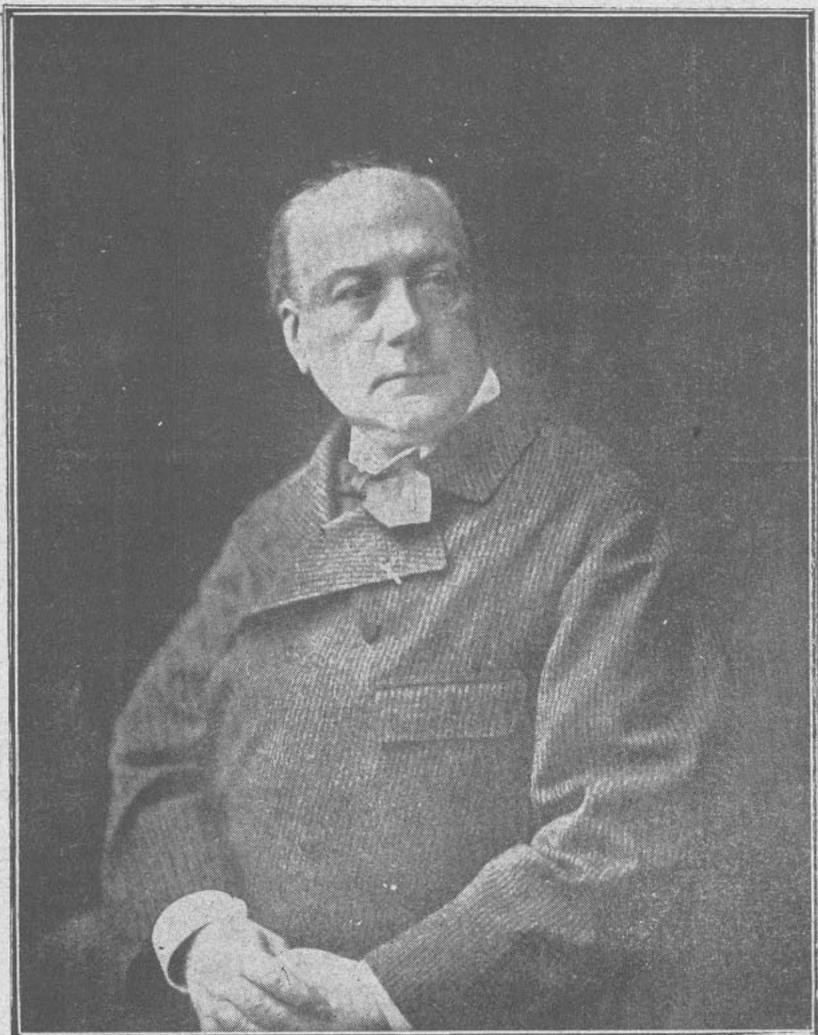
MUSA JOVEN

REVISTA MENSUAL

Año I

Octubre de 1912

Núm. 6



TEODORO DE BANVILLE



\$ 1.00

DIRECTOR: Vicente García H. Fernández

Primeros Redactores

Jorge Hübner B.

Mariano Latorre

Gabry Rivas

SECRETARIO: Juan Guzmán C.

“Musa Joven” Condecorada

Hemos sabido que el *casi diario* radical «La Razón» ha tenido términos insultantes para nuestra Revista. Gracias, señores de «La Razón».

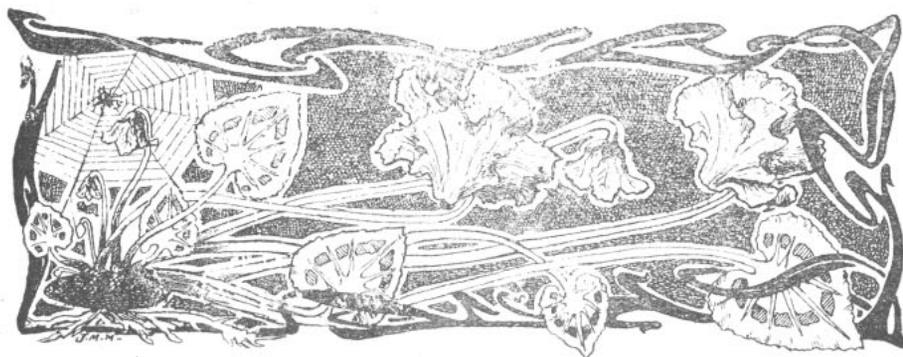
¡Nosotros que nunca nos habíamos ocupado de ellos!

Cierto que los chicos siempre conocen á los grandes, pasando, ellos, desapercibidos entre la turbamulta.

Con tanta razón obra siempre «La Razón» que, su ex-director don Angel C. Espejo, que era el único de verdadero valer de ese *casi-diario*, hubo de retirarse... porque se ahogaba entre tanta arenilla.

Hay gente que cuando insulta, honra, y cuyo aplauso es un insulto. Por eso nuestra Revista levanta la frente con más orgullo que nunca. MUSA JOVEN se presenta á sus lectores condecorada.

LA DIRECCIÓN.



❖ LA CRUZ DE LOS CUATRO CAMINOS ❖

A mediados del siglo XVI vivía en Souterraine un hombre llamado Urbano Gagnet, de unos sesenta y cinco años de edad; era pobre, enterrador y campanero de la ciudad, y habitaba con sus dos hijos en una casa vieja y casi arruinada de la calle del Gallo. Sus hijos, Jerónimo y Joaquín, eran peones de albañil y se habían criado en la miseria sin recibir ninguna instrucción. La mala reputación de Urbano Gagnet había impedido que sus hijos se casasen; el uno tenía treinta y seis años y el otro cuarenta, y aunque se ganaban á duras penas la subsistencia, favorecían muy poco á quien no profesaban ningún respeto, pues les reprendía duramente con frecuencia y más de una vez tuvieron que acudir los vecinos á poner orden en una familia que parecía maldita del cielo.

El día 24 de Diciembre de 1536, Urbano entró en su casa á las diez de la noche, llevando en la mano una botella de aguardiente: una luz de resina alumbraba el aposento donde los dos hijos esperaban á su padre.

—Hijos míos—les dijo—vamos á celebrar la noche de Navidad, pero con la condición de que repicaréis esta noche las campanas, pues una ocupación indispensable me lo impide.

—Podéis iros—le respondieron—ya iremos á tocar nosotros.

—Os recomiendo además que toquéis más rato de lo que se acostumbra cuando llegue el momento de alzar en la misa del gallo.

—Lo haremos como deseáis, padre.

—Me es preciso ausentarme esta noche, hijos míos, pues tengo un gran proyecto que llevar á cabo, y talvez mañana seremos los tres ricos.

—¡Dios os escuche!—dijeron á un tiempo Jerónimo y Joaquín; —¡somos tan pobres!

—¡Dios! ¡Dios! dejadle tranquilo en el cielo, hijos míos; si el diablo pudiera darme oro, con gusto le vendería mi alma.

Y el viejo Gagnet hizo un gesto infernal. Los hijos pusieron dos vasos de estaño en la mesa, y pronto quedó vacía la botella de aguardiente.

—Jerónimo—añadió el padre—busca en el arca una alforja que no esté agujereada, y tú, Joaquín, dame el palo de boj que hay cerca de la chimenea.

Sus hijos le obedecieron sin tardanza.

—Voy á salir; esperadme hasta las tres de la mañana. Si no vuelvo, mandad decir una misa por mi alma.

Y bajó precipitadamente la escalera encargando nuevamente á sus hijos que repicasen largo rato durante la elevación de la hostia.

Hé aquí lo que cuenta la leyenda:

—En el sitio llamado la *Cruz de los cuatro caminos*, donde se ven aún los escombros de la antigua ciudad de Breda, se hallaba la entrada de un subterráneo que se abría todos los años durante la elevación de la hostia en la misa del gallo, y se cerraba en el momento en que dejaban de oírse las campanas. Aquel subterráneo contenía un tesoro inagotable, más rico que el que debía encontrar Edmundo Dantés algunos siglos más adelante en la isla de Montecristo, según las indicaciones del abate Faria. El oro y los diamantes estaban amontonados allí en urnas de granito.

Urbano Gagnet confiaba en que llenaría su alforja de oro y tendría tiempo para salir del subterráneo, si sus hijos cumplían lo que les había encargado. Salió de Souterraine antes de dar las doce y llegó en media hora a la *Cruz de los cuatro caminos*. La noche era oscura y fría; inmensos nubarrones cruzaban sobre su cabeza y amenazaban con torrentes de lluvia; el viento silbaba agitando los secos ra-

majes y se oían á lo lejos los murmullos del río con eco plañidero. Pero ¿qué le importaban á Urbano las nubes, el viento y la lluvia? Sólo tenía una idea, un deseo, una ambición: ¡oro! No ignoraba, sin embargo, que los que bajaban al subterráneo ne volvían nunca, y que al lado de las urnas llenas de oro se alzaban montones de esqueletos humanos... Ni siquiera pensó en detenerse á orar un instante al pié de la cruz. ¡Cuán cierto es que el atractivo del oro apaga en el hombre los sentimientos piadosos y el pensamiento de Dios! Los desventurados que rinden culto á Baal tienen los ojos constantemente fijos en la materia, y no elevan nunca sus miradas hacia el cielo tachonado de fulgentes estrellas.

Urbano Gagnet esperaba con frenética codicia que se abriera el subterráneo. Hacía mucho rato que las campanas habían anunciado el principio de la misa, y resonó por fin á lo lejos el fúnebre toque de alzar. Salió entonces un espectro del matorral que servía de lindero al camino, llevando en la mano una especie de tridente, y dirigiéndose hacia el subterráneo, dió tres golpes en el peñasco, gritando con voz sepulcral:

—Tesoro, ¡ábrete!

Y al tercer golpe brotó una llama del peñasco, que giró como una puerta sobre su quicio y apareció el abismo donde se hallaba el tesoro. Urbano se dirigió precipitadamente hacia la entrada y todo el subterráneo quedó iluminado con tan súbito fulgor que deslumbró á Gagnet; pero hallándose en el extremo de una escalera que le separaba del sésamo de oro objeto de su ambición, bajó en tres ó cuatro saltos los diez escalones y empezó á llenar su alforja de piedras preciosas y monedas de oro. En menos de un minuto amontonó en su alforja un tesoro, y volvió á subir la escalera del subterráneo; pero apenas pisaba el último escalón, se deslizó un pié, y su alforja se desprendió de sus hombros y rodó hasta el subterráneo. Volvió á bajar como un desesperado lanzando un grito infernal... pero al mismo instante cesó de oírse la campana y se volvió á cerrar el subterráneo.

¿Cómo podré pintar los tormentos de aquel condenado en el abismo infernal? Me falta la pluma de acero de Dante Alighieri, la pluma que describió el suplicio de Ugolino...

Cuando Urbano se vió condenado á una muerte cierta y cercado de densas tinieblas, no le acudió un pensamiento de resignación, ni se arrojó para implorar el perdón de Dios, sino que volvió á subir la escalera, arrastrándose con las rodillas, asiéndose con manos crispadas, arrojando espuma por la boca y vomitando espantosas blasfemias. Chocó su frente con el peñasco que cerraba la puerta del subterráneo y rodó sin sentidos por la escalera. Cuando volvió en sí quiso levantarse, pero le fué imposible; entonces se arrastró como un reptil buscando alguna salida al través de las urnas que viera llenas de oro, pero sus manos sólo tocaban huesos, rocas y tierra húmeda y pegajosa... Sus gritos infernales resonaban en todos los ecos del subterráneo como rugidos de una fiera aprisionada... El dolor, el cansancio y la desesperación le atormentaban... se arrastró durante algunos minutos, callóse y después los ecos quedaron mudos como las piedras de una tumba... Urbano Gagnet cerró los ojos, una hoja de plomo cubrió sus párpados... y creyó que había llegado su hora postrera...

Durmió más de un mes un sueño letárgico sin tener ninguna percepción de la vida, ningún sentimiento, ninguna idea, y su pulso sólo latía una vez por minuto y su cuerpo era como el de un cadáver. Cuando se despertó quiso abrir los ojos, pero no pudo; quiso mover las manos, y éstas se negaron á su deseo; creyó que estaba desnudo, porque tenía frío, y sobre su carne ya en putrefacción corrían millares de insectos, y sentía en su rostro el frote de los murciélagos que se apoyaban sobre su cráneo y hundían en las arrugas de su frente las pequeñas uñas de sus alas... El desventurado Gagnet estaba tendido de espaldas sobre una especie de fango infecto, con la cabeza apoyada en un trozo de peñasco cubierto de musgo.

Pasaban las horas, los días, ó por mejor decir las noches y los meses, y Urbano aún vivía. Seis meses después, todo su cuerpo, á excepci3n del rostro, estaba cubierto de musgo verdoso, entre el cual anidaban los lagartos; los sapos se amontonaban sobre su pecho, los alacranes se ocultaban en sus costados y las culebras se enroscaban en rededor de sus piernas, de sus brazos y de su cuello... y aún vivía. ¡Oh! ¿c3mo podríamos describir los atroces tormentos de su alma? En vano quería exhalar maldiciones y quejas, en vano; érale imposible abrir los labios secos y cárdenos... ¡Qué dulce y bienhechora hubiera sido para él la muerte! Nó, no tratemos de adivinar los horrores de tantos padecimientos.

Este suplicio deb3a durar un año.

Viendo los hijos de Urbano que su padre no volvía en la noche de Navidad ni en los días y meses siguientes, dijeron:

—El viejo loco se habrá muerto en el subterráneo de Breda, mas no iremos á buscar sus huesos.

Y continuaron trabajando de albañiles y desempeñando además los cargos de su padre. Durante algún tiempo se habló en la ciudad de la desaparición de Urbano, pero como todos le tenían por hombre de carácter extraño y malvado, nadie le lloró y creyeron que había ido á ahogarse en el lago de Casino.

Lle3ó sin embargo la noche de Navidad del año 1537, y la puerta del tesoro se volvió á abrir como el año anterior á la voz del espectro de las ruinas. El subterráneo se iluminó repentinamente, y el espectro, armado con su tridente, dió un golpe en el peñasco en el que se reclinaba la cabeza musgosa de Urbano Gagnet, exclamando:

—Ha terminado el año de prueba, hijo de la tierra, que pretendes penetrar los secretos de la tumba, ¡levántate, anda y sal de aquí... En adelante te llamarás Musgo-Gagnet, porque cubre tu cuerpo el musgo de los sepulcros... ¡sal de aquí, y no olvides tu alforja llena de oro!

Dijo, y Gagnet sintió que recobraba la vida, y en un segundo recordó un año de martirio. Y levantándose, dió algunos pasos... y sus dientes crujían, y logrando abrir los ojos se vió rodeado de una luz azulada.

El espectro marchaba delante de él y le indic3 la escalera de las ruinas, dándole su alforja llena; el miserable preso la tomó y se la puso sobre los hombros, y después salió del subterráneo que volvió á cerrarse al momento.

Cuando Gagnet pudo respirar el aire de la vida humana y se vió cubierto de pies á cabeza, sintió un acerbo dolor y se dirigió precipitadamente á Souterraine, deseoso de abrazar á sus hijos. Encontró en el camino a varios aldeanos que volvían de la misa de Navidad, y les causó tanto miedo, que huyeron lanzando gritos de misericordia, creyéndose perseguidos por el espíritu del abismo.

Cuando Gagnet entró en la ciudad, todos sus moradores yacían sumidos en profundo sueño. Se dirigió á la calle del Gallo y llamó tres veces á la puerta de su casa.

—¿Quién es?—preguntaron sus dos hijos.

—Soy yo, vuestro padre *Musgo-Gagnet*: vuelvo de donde nadie volvió jamás. ¡Abrid pronto! Somos ricos.

Jerónimo y Joaquín casi no conocieron la voz de su padre; se levantaron, sin embargo, encendieron un pedazo de tea y bajaron á abrir. Cuando llegaron al umbral de la puerta y vieron al anciano cubierto de musgo, empezaron á rezar y á santiguarse...

—¡Apártate, maldito!—gritaron,—tú no eres nuestro padre.

—Hijos míos, he padecido mucho y por eso vuelvo así. Por compasi3n, dejadme entrar. ¿Conocéis esta alforja?... está llena de oro.

Los dos hijos retrocedieron con temor, y Musgo-Gagnet entró, diciendo después de dejar la alforja sobre un viejo arc3n:

—No tembléis, ¡mirad lo que hay dentro; es oro!

Joaquín cogió la alforja y la vació... Cayeron á sus pies varios huesos humanos.

—¡Maldición!—exclamó Urbano.

—¡Sí, caiga sobre vos la maldición!—dijeron sus hijos. Sois un espectro del infierno que nos traéis los huesos de nuestro padre; ¡salid!

Jerónimo empujó al anciano hasta la calle y cerró precipitadamente la puerta.

Musgo-Gagnet, desconocido por sus hijos y perseguido por la maldición divina, se arrastró hasta la puerta del cementerio, donde exhaló el postrer suspiro.

Una hora después dijo Joaquín á Jerónimo:

—Verdaderamente son esos los huesos de nuestro padre; vamos á enterrarlos en el cementerio, detrás de las grandes piedras de la puerta.

—Vamos—respondió Jerónimo.

Y volviendo á poner los huesos en la alforja, apagaron la tea, tomaron un azadón y una pala y se dirigieron hacia el cementerio cuya llave tenían.

Al llegar al umbral, sus pies tropezaron con un montón de musgo que les hizo bambolear; y lo tocaron, y conocieron que era un cadáver.

Era el de Musgo-Gagnet, que aún conservaba vestigios del calor vital. Abrieron la puerta del cementerio, cavaron la tierra detrás del pilar izquierdo de la puerta y sepultaron el cadáver con los huesos de la alforja. Cuando cubrieron de tierra la huesa y acabaron su trabajo, la aurora empezaba á teñir de rosa el horizonte y subieron á la torre á tocar la oración de la mañana.

Solamente Jerónimo y Joaquín supieron los misterios de aquella noche sombría. De modo que, cuando se hizo de día, las personas que pasaron por delante del cementerio vieron grabada la figura de Musgo-Gagnet sobre la piedra que servía de pilar izquierdo á la puerta.

Esta figura se ha conservado hasta nuestros días; los niños la miraban con terror, y las jóvenes, al pasar por su lado, se santiguaban.

El cementerio no existe actualmente... Varias veces he preguntado por el paradero de la piedra de Musgo-Gagnet, que ví veinte años hace; pero nadie lo sabe. Sin embargo, los habitantes de Souterraine no han olvidado esta leyenda.

EDGARD POE.

ULTIMA PÁGINA

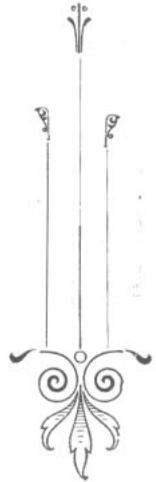
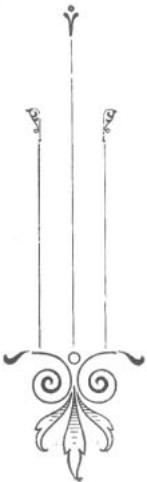
A M. V.

Niña, cuando pretendas
Borrar de tu recuerdo mi memoria,
No arrojes mis ofrendas
Ni pidas al olvido
Que agoste presuroso
La humilde florecilla de mi historia:

Quema, niña estos versos
Que del humo en los lentos espirales
Verás, sin una queja, deshacerse
Mi fe, mi corazón, mis ideales!

CALIXTO MARTÍNEZ M. G.

Santiago.



* Jardín nocturno *

Dedicado á Vicente García H. Fernández.

Del libro próximo á publicarse «Trovas del Alma»

Era de noche y el jardín dormía
Bajo el temblor de plata de los astros.
Y el globo de la luna diluía
En las flores celajes de alabastros.

¡Cuánto perfume daban los jazmines!
Los lirios, los rosales y azucenas.
Si era aquélla, región de serafines
Muy lejos del martirio de las penas.

¿Y por qué no viniste? Los senderos
Estaban blancos para tí. Tendía
La luna en los floridos jazmineros
Un velo de blancura y poesía.

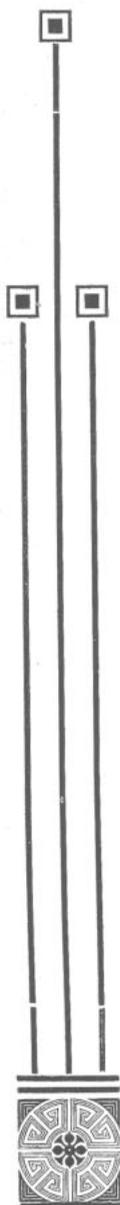
Vagué por el jardín, todas las flores
Me hablaron de tu gracia dulcemente
Y tuvieron sus pétalos temblores
Como de estrellas en la clara fuente.

¿Y por qué no viniste? La alborada
Me vió vagar en el jardín: sufría
Como un alma de amor abandonada
Que no halla en su sendero compañía.

Y se desvaneció la última estrella
Al morir mi esperanza. La laguna
Tuvo un estremecimiento de querella
Y en el vacío naufragó la luna.

ANGEL C. CRUCHAGA S. M.

Septiembre de 1912.





EL AVE AMOR



I

Tendió sus alas blancas y sobre ellas
Llevóse una ilusión desvanecida
Y al pálido fulgor de las estrellas
Se perdió su silueta bendecida.

Surgió la luna en la extensión lejana
Y avanzó entre una nube á paso lento,
Semejando la faz de alguna anciana
Cuyo cabello le flotara al viento.

Y á su luz blanquecina y misteriosa
Buscó el ave viajera blandó nido
Mientras la brisa suave y quejumbrosa
Exhalaba en el bosque su gemido.

Plegó las alas y dejó el espacio,
Encontrando por fin un corazón
Fabricó en él su mágico palacio
Y al són de sus latidos se durmió.

II

Surgió la aurora en el lejano oriente,
Se hundió la luna en el inmenso mar
Y el amor, despertando dulcemente
Tendió las alas y ensayó volar.

Y al cruzar por el aire silencioso
En busca de otro nido y otro hogar
Llegó á su oído un trágico sollozo:
El que arranca el amor cuando se va.

Y su pupila audaz y escrutadora
Miraba sin cesar desde la altura
Y buscaba alguna alma soñadora
Para dejar en ella la amargura.

Y fué muy lejos y al morir el día
Cuando la luna surge tras el mar
Detuvo su gallarda travesía
Y en otro pecho construyó el nidal.

J. DE D. VALENZUELA DEL R.

Septiembre 9 de 1912.



❖ AMADO NERVO ❖

Es mi poeta. Es el poeta que me ha hecho sentir más hondo, el que me ha hablado más al alma. Es uno de los poetas más dulce, más íntimo, más exquisito que conozco. Tienen sus versos una dulzura de paz, tiene su alma los más delicados perfumes. Me ha hecho sentir, me ha hecho vibrar.

Los versos de Amado Nervo se me figuran versos de un *espíritu* enamorado de otro espíritu. Tiene la obsesión del negro *más allá*. No la obsesión torturante, desesperante de Poe sino una obsesión más tranquila, más apacible. Se inquieta pero no se desespera. Acaso porque sabe que Dios ha escrito con caracteres de fuego en el dintel de lo desconocido un terminante: *Non Plus Ultra*.

Es un poeta que no sólo admiro; que amo, que venero. Con cuanta razón Rubén Darío al hablar de Amado Nervo recuerda á Flaubert que decía hay prosas y versos que quisiéramos estrechar contra nuestro corazón.

Amado Nervo es un místico delicioso con algo de panteísta como San Francisco de Asís y así como este llamaba al árbol, hermano árbol; á las aves, hermana ave, así Nervo llama al agua «La Hermana Agua» que es una de sus mejores poesías.

Amado Nervo se ha entregado con dedicación á los estudios psíquicos. Tal vez por esto es un atormentado de los misterios de ultratumba, talvez á esto debe su espiritualidad. Sufre del mal de estos tiempos: la duda, el desaliento. No la duda de Núñez Arce que fué una ridícula *pose*, no; la duda y el desaliento de Leopardi, de Asunción Silva, de Guerriani.

Nervo es un teósofo budista. No sé si cree en la transmigración de las almas pero habla de ella:

A veces en sueños, mi espíritu finge
Escenas de vidas lejanas: yo fui
Un sátrapa egipcio de rostro de esfinge,
De mitra dorada, y en Menfis viví.

Mas pronto mi alma siguió el vuelo errático,
Ciñendo en Solima y á Osiris infiel,
La mitra bicorne y el efiol hierático
Del gran sacerdote del Dios de Israel.

Después mis plegarias alcé con el druida,
Y en bosque sagrado Velleda me amó;
Fuí rey merovingio de barba florida,
Corona de hierro mi sien rodeó.

Más tarde trovero de nobles feudales,
Canté sus hazañas, sus lances de honor,
Comí en sus castillos y en mil bacanales
Sentime beodo de vino y de amor.

Y ayer prior esquivo y austero, los labios
Al Dios eucarístico temblando acerqué,
Por eso conservo piadosos resabios
Y busco el retiro siguiendo á los sabios
Y sufro nostalgias inmensas de fe...

En otra parte nos cuenta lo que le acaeció al orador Solís cuando pronunció un panegrico sobre el padre Las Casas, maravillando á sus oyentes por las estupendas y reales descripciones que hacia de la llegada á América del *Apóstol de las Indias* y sintió haber visto todo lo que iba pintando y luego al volver á su mesa de trabajo «cree oír una voz, quizá más bien una sensación vigorosa, algo íntimo, claro, in-inuante, invencible, que le decía: Tú fuiste el padre Las Casas!»

No creo que Amado Nervo en su fervor á lo oculto, llegue al extremo de Huysmans, de Jules Bois, ni de Thierry, pero sí se nota en él como un vago temor que atrae hacia lo desconocido. Que atrae? Sí; con atracción de abismo.

Escuchad:

En vano entre la sombra mis brazos, siempre abiertos,
Asir quieren su imagen con ilusorio afán.
¡Qué noche tan callada, qué limbos tan inciertos!
¡Oh Padre de los vivos, a dónde van los muertos,
A dónde van los muertos, Señor, á dónde van?

¿No véis? «A dónde van los muertos, Señor, á dónde van?» ¿No escucháis en esa frase el grito de una alma que implora piedad? ¿Por qué te desesperas así, dulce poeta, por qué dudas? Ten fe. ¿Por qué estas á obscuras, llevando tanta luz en la mente? Yo también sufro como tú una ansia insaciable de lo desconocido, pero no me desespero; tengo fe.

La duda de Nervo no es una duda antipática, es una duda que inspira compasión, que atrae. ¡Cómo no ha de atraer el que dice esto:

Tú piensas que no creo
 Cuando argüimos los dos,
 No imaginas mi deseo,
 Mi sed, mi hambre de Dios;

Ni has escuchado mi grito
 Desesperante, que puebla
 La entraña de la tiniebla,
 Invocando al Infinito.

.....
 Pero dí ¿qué esfuerzo cabe
 En un alma sin bandera
 Que lleva por donde quiera
 Su torturador «¡quién sabe!»

Que vive ayuna de fe
 Y, con tenaz heroísmo,
 Va pidiendo á cada abismo
 Y á cada noche un *¿por qué?*

De todas suertes me escuda
 Mi sed de investigación,
 Mi ansia de Dios, honda y muda,
 Y hay más amor en mi duda
 Que en tu tibia afirmación.

Tampoco olvida, Nervo, á sus muertos para los cuales tiene acentos fraternales y delicados:

Alma, yo estoy unida con mis muertos,
 con mis muertos tranquilos é inmutables,
 con mis palidos muertos...

II

El primer libro que conocí de este delicioso poeta fué «Los Jardines Interiores» publicado en Méjico 1905.

El título dice muy bien lo que es este libro: Jardines Interiores, un alma florecida...

En este libro se encuentra el Nocturno:

Y ví tus ojos, flor de beleño,
 raros abismos de luz y sueño;
 ojos que dejan al alma inerme
 ojos que dicen: duerme...dúerme...

Pupilas hondas y taciturnas,
 pupilas vagas y misteriosas,
 pupilas negras, cual mariposas
 nocturnas.

Bajo las bandas de tus cabellos
 tus ojos dicen arcanas rimas
 y tus lucientes cejas sobre ellos,
 fingen dos alas sobre dos simas...

.....

¡Oh! plega al cielo que cuando grita
 la pena en mi alma dolida é inerme,
 tus grandes ojos de zulamita
 murmuren: «duerme».....

¿Habéis visto algo más exquisito, suave é íntimo? También en este libro se encuentra la hermosa canción de Flor de Mayo:

Flor de Mayo, como un rayo
 de la tarde, se moría...
 yo te quise Flor de Mayo,
 tú lo sabes; pero Dios no lo quería!

.....

.....

«El Metro de Doce» fuerte y plástica composición que define gallardamente y admirablemente el metro de doce:

El metro de doce son cuatro donceles,
 donceles latinos de rítmica tropa,
 son cuatro hijosdalgo con cuatro corceles;
 el metro de doce galopa, galopa..

.....

.....

Otra composición que re-alta en este libro es «Pasas por el abismo de mis Tristezas». Son muchas más la que re-altan y al quererlas anotar veo que entrarían todas. No obstante os haré saborear la perfumada y espiritual «Tan rubia es la Niña que...».

Tan rubia es la niña, que
 cuando hay sol no se la ve!
 Parece que difunde
 en el rayo matinal,
 que con la luz se confunde
 su silueta de cristal
 tinta en rosas y parece
 que en la claridad del día
 se desvanece
 la niña mía.

.....

.....

Poco después de «Los Jardines Interiores» leí «Poemas» libro publicado en 1901. Apesar de ser este libro anterior al otro, me gusta más, al menos una poesía de este libro que se llama: «Là Haut...» en ella se ve la percepción de los matices, de las cosas ocultas, del alma de las cosas, el afán de las líneas poco visibles:

Cómo olvidar la cauda de sus cabellos blondos!
 cómo olvidar su frente nevada y misteriosa!
 cómo olvidar sus ojos tan tristes y tan hondos,
 que siempre parecían pensar en otra cosa...

Parecían pensar en otra cosa. ¿No es verdad que habéis visto esos ojos vagos, misteriosos que enervan al poeta?

Está en este libro «La Hermana Melancolía» tan triste, tan melancólica, tan sombría, tan honda. Y aquella otra que empieza:

Qué niebla tan discreta! qué paz tan oportuna!
 Yo soy la sola sombra que cruza por la acera
 soñando, por quién sabe qué afinidad, con una
 convaleciente joven de palidez de cera.

Al través de estos versos, yo veo un joven de ojos soñadores, pálido de ensueño, enfermo de poesía.

Y el «Madrigal Heterodoxo» y la «Tenue» y «Claroscuro» y «El Muezin» y «Andrónico» y «Doña Guiomar», evocativa:

En vano los trotones de abades y guerreros
 doblaron la rodilla rindiéndole homenaje,
 y en vano sus rondales cantaron los troveros:
 doña Guiomar se muere de amores por un paje.

No es inferior «El Pacto», con su rima tan rica y tan fluída:

— Oh mi reina, en un tiempo mi estrofa errática
 en loor de tus gracias alzó su vuelo;
 mi boca pecadora, cuando la plática
 nocturna, de tu boca llegó hasta el cielo.

Los genios de la noche viéronte extática
 junto á mí, y escucharon con hondo celo
 el frú-frú misterioso de mi dalmática
 al rozar tu justillo de terciopelo.

¿Por qué ahora me esquivas?

— ¡Ciño corona;
 descender á un hidalgo fuera desdoro:
 el deslíz de una reina, ¡quién lo perdona!

— Mas, si yo pereciese batiendo al moro
 mañana?

— Hoy disfrutarás de mi persona.
 ¡Moriré!—¿Me lo juras?— ¡Por la cruz de oro
 de mi tizona!

Esto es verso fácil, natural, enérgico...

En «El Héroe», Amado Nervo nos muestra versos fuertes, entonados, que recuerdan los impecables cuartetos de Salvador Díaz Mirón.

En «El Viejo Sátiro» toma un tono panteísta, lujurioso; lo mismo en «La Flauta de Pan»:

Viandante, ¿une tu voz á mi querella:
si buscas la beldad... Helos no existe!

No puedo pasar adelante sin nombrar aquel reproche de «El Nuevo Rito» y el magnífico soneto dedicado á Rubén Darío «A la Católica Majestad de Paul Verlaine»:

Padre viejo y triste, rey de las divinas canciones,
son en mi camino focos de una luz enigmática
tus pupilas mustias, vagas de pesar y abstracciones
y el límpido y noble marfil de tu *testa socrática*.

Aquel rubí que se llama «Sonetino» y las admirables Eglogas simbólicas «El Prisma Roto» y «La Hermana Agua».

En 1904 apareció «Perlas Negras» en el cual canta en delicados versos á su novia bohemia: la Neuro-is. Las perlas negras que forman este regio collar son perfectas, pulidas, de hermosísimo orient. En este libro estan las Místicas que quisiera anotarlas todas para darme un momento de pura felicidad al veros gozarlas como yo las he gozado.

Escuchad: «Mater Alma»:

Que tus ojos radien sobre mi destino,
que tu veste nívea que la luz orló,
ampare mis culpas del torvo Dios Trino:
¡Señora, te amo! ni el grande Agustino
ni el tierno Bernardo te amaron cual yo!

Que la luna, octante de bruñida plata,
escabel de plata de tu pie real,
por mi noche bogue, por mi noche ingrata,
y en su sombra sea místico fanal.

Que los albos lises de tu vestidura
el erial perfumen de mi senda dura
y por tí mi vida brillará tan pura
cual los lises albos de tu vestidura.

.....

.....

Parece en momentos un San Juan de la Cruz con sus cándidos éxtasis poéticos.
Me entristece la «Gótica» con su sed de idealismo; me enamora «A Kempis»
con su ascetismo atormentado.

Ha muchos años que busco el yermo,
ha muchos años que vivo triste,
ha muchos años que estoy enfermo,
¡y es por el libro que tú escribiste!

¡Qué dulce, qué triste es aquella parábola «Parábola»!

Jesucristo es el buen samaritano:
 yo estaba malherido en el camino
 y con celo de hermano
 ungió mis llagas con aceite y vino;
 después hacia el albergue no lejano
 me llevó de la mano
 en medio del silencio vespertino.

.....

.....

Dulce y melancólica es también «Al Cristo» que os la daré entera (en otra página de este número) para que la guardéis en vuestra memoria.

También tiene, este poeta, como Paul Verlaine, sus misticismos sensuales y adoraciones á «las carnes de marfiles».

Me lo figuro llorando en las mañanas á los pies de un Cristo en arrebatos místicos espirituales y corriendo en las tardes tras las dos estrellas azules de una ninfa gentil.

Paso adelante y me encuentro con «Un Padre Nuestro» magnífico, admirable... «Última Verba», diálogo entre el Alma y Cristo. Y después con «Las Voces», poemas panteistas como «La Hermana Agua».

Abro su último libro de versos «En Voz Baja» 1909.

Alma ven á mi alma sin ruido,
 que te quiero decir así al oído:.....

Todo este maravilloso libro está dicho al oído, mejor que dicho, está cantado al oído, suavemente, dulcemente, como la canción de una madre que aduerme á su hijo en la cuna. Aquí el hijo aduerme á su madre en el sepulcro, suavemente, dulcemente:

Madre, los muertos oyen mejor:
 ¡sonoridad celeste hay en su caja!
 A tí pues este libro de intimidad, de amor,
 de angustia y de misterio, murmurado *en voz baja*...

Desde la primera página quisiera anotar lo todo, como en los otros libros. En este libro ha prendido el poeta «el alma triste, arcana, sutil y misteriosa que tienen los paisajes».

¿Cómo podré conformarme á dejáros sin conocer «No le Habléis de Amor», la «Vieja Llave?» ¡Oh la «Vieja Llave» que en una admirable sencillez encierra un poema de puros idilios, de tristezas redónditas, de recuerdos imperecederos!

¿Por qué me entristece tanto la «Vieja Llave?» Es que yo también tengo una vieja llave recuerdo del santo hogar de mis abuelos y aunque ya no cierra, ni abre nada, está en mi alma tan pegada que la tengo que guardar.

Pero no divaguemos más. Oíd el «Ruego»:

Fuí bueno para tí como las rosas,
 como el hilo de agua, como el día,
 y te hice en tus horas dolorosas,
 la santa caridad de mi poesía.

En cambio sé indulgente como una
 hermanita mayor; pon tu sonrisita
 en esta lobreguez de mi fortuna...
 ¡Sé piadosa... como un rayo de luna!
 ¡Sé suave... como un soplo de brisa!

Para llegar a la perfección de estas estrofas cuánto trabajo se requiere; cuánto pulimiento para llegar á la facilidad, á la placidez de esos versos inimitables.

A este libro pertenece la becqueriana «Tell Qu'en Songe», los regios asonantes de «Tal Vez», como los de «En la Roca más Hostil», al modo del antiguo romance. La simbólica «La Bella del Bosque Durmiente».

Este libro es un libro lleno de amor á los muertos «que solamente miran, que solamente escuchan». En él se ve más que en los anteriores la natural tendencia espiritualista del autor. Aquí se encuentran «Mis Muertos», «Interrogación», «¡Muerta!»

En la tercera parte de este libro está «Epitalamio», admirable composición dedicada á Alfonso XIII con motivo de su matrimonio.

La cuarta y última parte del libro se llama «De El Exodo y las Flores del camino». En esta parte está «Viejo Estribillo», «Una Flor del Camino» que aroma como una flor y hace sentir la vaga tristeza de sus versos:

La muerte resucita cuando á tu amor me asomo;
la encuentro en tus miradas inmensas y tranquilas
y en toda tú... Sois ambas tan parecidas como
tu rostro, que dos veces se copia en mis pupilas.

Es cierto, aquella amaba la noche radiosa
y tú siempre en las albas tu ensueño complaciste.
(Por eso era más lirio, por eso era más rosa).
Es cierto, aquella hablaba, tú vives silenciosa.
Y aquella era más pálida; pero tú eres más triste...

Cierro el libro con los ojos empapados en lágrimas, cierro En Voz Baja, las trémulas canciones de un hijo que aduerme el sueño eterno de su madre, suavemente, dulcemente.

III

He cerrado, pues, los libros de versos de Amado Nervo, desalentado de no encontrar suficientes palabras para clasificarlos, para estudiarlos, para ensarzarlos.

Sólo conozco dos libros en prosa de Nervo, y algunos cuentos que he leído sueltos. Los libros son: «Ellos» y «Mis Filosofías».

Repaso los admirables capítulos de «Ellos». Las diversas é interesantes disertaciones de este libro que inquietan, que subyugan.

Fijo los ojos en el segundo artículo «Los que Ignoran que están Muertos», en que narra, con su admirable estilo y con inquieto pensamiento, una sesión de espiritismo, tratando de probar que los muertos no saben al principio que están muertos y «se creen aún enfermos de la enfermedad de que murieron; se quejan, piden medicinas.... Están como en una especie de adormecimiento, de bruma, de los cuales va desprendiéndose poco á poco la divina crisálida del alma».

El poeta espiritualista está en su elemento. Siempre que toca estos puntos, lo ve éis desenvolverse su alma, sus enormes facultades, su estilo natural, sin afectaciones, su fuerza descriptiva, su sincera imaginación.

El poeta espiritualista me ha torturado más de lo que yo creía. «Al Volver. Alguién ha Entrado» me ha dejado meditando, con el corazón oprimido, con la frente calenturienta. ¿No sondearemos nunca el Misterio? ¿no lo dominaremos jamás? ¿Seguirá siendo nuestra eterna tortura, nuestra obsesión desesperante?

Yo también he corrido toda mi vida como Sabino el de «El Fantasma» y como Nervo el de «Un Sueño» detrás de lo sobrenatural de la inmutable Esfinge.

Todos estos pensadores de los problemas de ultratumba ¿llegarán algún día á levantar la enorme losa que oculta los misterios del sepulcro? Yo quisiera forcejear con ellos, yo quisiera ayudarlos en su combate contra el Argos que guarda ese misterio, contra el dragón celoso de su tesoro.

Todos los artículos de este libro son dignos de especial estudio, todos son llenos de mágicos ensueños, sombríos, suaves, dulces.

De «Mis Filosofías» puedo decir lo mismo: yo no le encuentro defectos á Neruo. Los «Dialogos hipotéticos» los lei varias veces y siempre con nuevo entusiasmo deleitándome sus sutilezas de ingenio, sus agudas observaciones. Al llegar á las últimas páginas de un libro de este extraño poeta, se siente un desconsuelo, una desolación que invade al alma y quisiéramos hacer eterna su lectura.

IV

Terminadas estas ligeras impresiones sobre el divino rui señor mejicano que forma con Darío, Lugones y Martínez Sierra el cuarteto de mis poetas, en castellano; sólo quisiera añadir que para mí Amado Neruo es el poeta por excelencia: sincero, espiritual, placido, dulce.

Neruo es hermano de aquel hombre-arte autor de Espirita, que se llamó Teófilo Gautier y que fué abuelo de los parnasianos.

Neruo es el poeta del alma. Y siempre ha cantado con independencia de torpes prejuicios, como Paul Fort, Francis James y tantos otros grandes poetas, maravillando por su dominio de la técnica del verso, por sus audacias métricas, por su extraña poesía íntima y perfumada.

¡Gracias, poeta, porque en mis horas dolorosas me has hecho la santa caridad de tu poesía!

Guardo en un cuaderno poesías escogidas de este suave poeta, recopiladas por mí con todo el cuidado y el cariño que mi devoción artística me dictó, cuaderno que me acompaña á todas partes. Lo llevo conmigo como un libro santo, como un breviario de ensueño con el avaro fervor de un monje medioeval.

VICENTE GARCÍA FERNÁNDEZ.

Octubre, 1912.



CAMELIAS



Las camelias ¿lo sabes? mis flores favoritas,
porque ellas nos enseñan cómo se debe amar,
contándonos la historia de muchas Margaritas
y de los que han amado como Armando Duval.

¿Por qué las has guardado? dijiste indiferente.
Y después agregaste: «¡Ah, por curiosidad!»
La sangre presurosa agolpóse á mi frente
y murmuró mi alma: «¡Dios mío, qué crueldad!»

La camelia ¿lo sabes? es mi flor favorita,
pues, siendo tan hermosa, ella no tiene olor.
Me recuerda una bella y gentil Margarita
que para mí no tiene su perfume de amor.

ARMANDO ROJAS MOLINA.

MONUMENTO A CAMPOAMOR



Proyecto de monumento á Campoamor,
original del escultor Carretero, que los asturianos dedican
al inmortal poeta en Navia, su patria natal

Nada...

Estoy cansado del dolor que llevo.
Invéntame otro amargo padecer.
Invéntame, ¡por Dios! un dolor nuevo
¡Tú, que lo haces tan bien!

¿Te enojas...? no hagas tal al escucharme.
Que te pide mi odio sin maldad
Lo único, mujer, que puedes darme:
¡Otro nuevo pesar...!

E. ZAMUDIO M.


PARA TÍ


LA MAS HERMOSA FLOR DE ESTOS JARDINES

I

En la estrofa que lucha por brotar de mi Lira
Siento que hay muchas notas con sabor de quimera;
Y una alondra que canta, que medita y suspira
Bajo el lírico palio de una azul Primavera.

Yo quisiera que ahora la doliente campana
Que se duerme en la sombra de mi torre de ensueños,
Tuviera un melodioso despertar de mañana
Con el eco vibrante de cantares risueños.

Yo quisiera que ahora mis verjeles de lirios
Olvidaran sus tristes, sus acerbos martirios
«Por tus cejas en arco..., por tus labios en flor...»

Que de mi cielo huyera la fatídica bruma,
Que me diera la aurora sus cambiantes de espuma,
Que sobre un dromedario se fugara el dolor...

II

Oyeme: soy un loco que va por esta vida
Persiguiendo la estrella de quién sabe qué fin;
Soy hijo de una tierra luminosa y florida
Donde el ocaso tiene colores de carmín.

Llevo en mí ser la rima de una flauta panida
Que hace coro á las aves de mi interno jardín;
Pero en mí muchas veces la dicha se suicida
Minada por los fríos bostezos del esplín.

Yo ansío muchas cosas de amor y de fragancia:
Loti me hace soñar con Stambul. Con Francia
El sugestivo y bello retazo de París...

Mas hoy pienso—¡oh niña de negros ojos grandes!—
Que aquí entre las enormes murallas de los Andes
Me quedaré soñando con algo más feliz.



III

Yo quiero ser aquella magnolia que en tu mano
Se deshojó ofrendando su vida á tus hechizos;
Quizá envidiosa y triste del oro de tus rizos
O talvez arrastrada por un fervor pagano.

Me preguntaste aquella mañana de verano
Por qué sobre tu mano se morfan remisos
De vivir, las violetas, las lilas, los narcisos...?
Pues yo voy á decirte: porque bajo el enano

Perfume de las flores se yergue tu fragancia;
Porque ante tus encantos toda belleza escancia
Sus sacrificios para rendirte un homenaje...

¿Te acuerdas que buscabas con ansia un jardinero?
Pues yo, que sé el cultivo del albo jazminero,
Seré tu jardinero..., también seré tu paje.

IV

Por qué escribo para tí
Dulce princesita que
Pareces una musmé
Soñada por Pierre Loti?

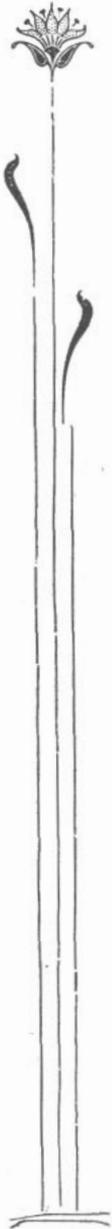
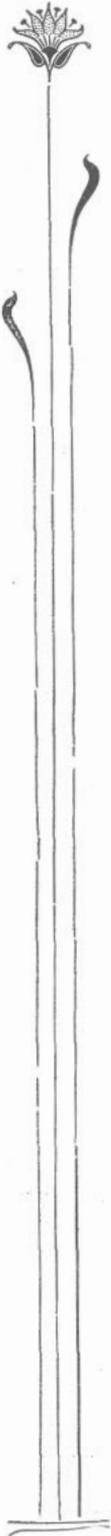
Qué hay en tus ojos, dí,
Color de la noche ó de
El extracto del café
Para que hechicen así?

Hacia tus labios de rosa
Va esta alada mariposa
Que es soneto y madrigal..

Y lo lleva el ansia loca
De recitar en tu boca
Su plegaria de cristal.

V

En estos versos que tejo
Con madejas de alabastro,
Cada soneto es un astro
De mi lírico cortejo.



Ellos que son pordioseros
De piedad ante tus ojos,
Te contarán mis abrojos
En un triar de jilgueros.

Son como vagas torcaces
Que revolaron fugaces
En el sol de tus cabellos...

Y que hastiados de vivir
Sin tí, se van á morir
Al calor de tus destellos.

GABRY RIVAS

Octubre de 1912.



BETSEY

Mirándola profundamente en lo hondo de sus ojos verdes, me sumía en extrañas cavilaciones. Mi fantasía de neurótico se exaltaba. Oh, aquellos ojos verdes, verdes como el mar y como él, llenos de misterios, qué de cosas infinitas no decían á mi alma en su mirar límpido, cristalino...

Solía afirmarla á veces: «Hoy, se parecen á los de Mimí». Y era verdad. En aquel momento entre sus ojos y los de su gata no había diferencia alguna; irradiaban crueldad felina y un mundo de rencores y traiciones. Infundían pavor, espanto.

Otras: «Hoy están verdes, verdes como el mar...» Y tampoco mentía. Sí, verdes como el mar estaban y atraían como él, irresistibles, misteriosamente. Como al mar, ahogado en tristezas indescifrables, me quedaba contemplándolos y notaba también en ellos las mismas inquietudes que en el océano; brumas en el horizonte, tormentas nerviosas, borrascas histéricas y bonanzas, quietudes desesperantes.

Solía á veces interrogarme caprichosa, vuelta hacia mí en el lecho, en algunos amaneceres de estío: «Y hoy, cómo me los encuentras, gah?...»

—«Hoy... están cansados... han amado mucho, anoche... mucho».

—«Y así, te disgustan, entonces?...»

Dulce coquetería de mujer, mimos de regalona.

—«Nó, no me disgustan, acaso así los encuentro más humanos, más semejantes á los míos por esas ojeras negras...»

Y aquello no debía halagarla. Prefería ser la muy espiritual, antes que mujer, Diosa. Suprema aspiración de aquella voluble lectora de Nietzsche.

En horas de intimidad me hablaba así: «Sabes? Temo que á tu lado no me voy á cansar muy fácilmente, porque tú... no eres un hombre original... La originalidad, chiquillo, es una monotonía espantosa. Un hombre con personalidad propia, empalaga antes de media hora... Tú, eres una ensalada»:—y reía—«tienes de todo un poco: idealidades enfermizas de Trigo y de Lorrain, volterianismos de

Pío Baroja, idolatría griega como ese pagano Marejkowsky, ingenuidades de Martínez Sierra, alucinaciones históricas de Dostoyewsky, y aún.. créeme, el alma de Santa Teresa no está muy distante de la tuya».

Yo me limitaba á contestarle: «Y tú... eres una Carmen de Retz».

Y Betsey muy seria, me interrogaba aún: «Deveras, crees que me asemejo á Carmen de Retz? ...»

«—Si... mujer, sí...»

Y era ingenua su ambición: dar vida á aquella extraña mujer creada al capricho por Claudio Farrére en su delicioso romance La Señorita Dax.

Después, han pasado los años. Betsey ha debido concluir sus estudios en el Pedagógico. He visto su nombre al pie de algunos cuentos suyos, publicados por nuestras revistas literarias, y aún hasta creo que ha dado á luz un libro de impresiones íntimas. Firma sólo Betsey. Nadie le ha conocido jamás su apellido.

Betsey... Betsey... ¡cómo me place hoy pronunciar su nombre!...

La ví hace días en la Alameda. Iba con un estudiante universitario. Era un muchacho de rostro moreno, lleno de espinillas, llevaba los zapatos sin lustrar y los pantalones con rodilleras. Estudiaba en un grueso volumen. Betsey hacía un caprichoso contraste á su lado. Delgada, blanca y muy rubia, envuelta en su amplio gabán negro de piel. Llevaba en la cabeza un gorrito blanco de astrakán. Taconeando con sus zapatitos de charol pasó á mi lado... Y sus ojos verdes... verdes como los de su gata Mimí, tuvieron una humillante frialdad para mi americana gris y mis polainas plomas.

Después, volvió sin saludarme á hundir su nariz aguileña entre las páginas del diario radical que leía, y yo... torné á mi «Mercurio» y á su vida social.

Tras un instante miré de nuevo la silueta de Betsey pegada á la del estudiante, y pensé en aquellas atinadas observaciones que me hacía cuando vivíamos juntos en aquella pensión de la calle del Puente: «Tú ..no eres original... eres una ensalada: tienes de todo un poco»; lo único que le faltó adivinarme era que tenía en mi interior mucho, mucho de buen burgués y que aquella bohemia mía que tanto la entusiasmaba, no era más que la locura de mis veinte años.

Betsey... Betsey... cuánto te he recordado después en otros amaneceres de estío, cuando otras mujeres me despertaban con frases menos dulces que aquellas:

—«Mira... mira, dormilón, qué color tienen hoy mis ojos, ah?...»

ANTUCO REPE E.

Santiago, Agosto 2 de 1912.



❖ NUESTROS VERANEANTES ❖

(Tartarines de hoy)

I

¿El nombre de aquel pueblecillo? No os lo digo. Más ó menos son iguales todos, porque todos tienen sus calles viejas y dormidas, con árboles grandes, bajo cuya sombra han florecido cariños aldeanos allá en las tardes de las primaveras lejanas... Todos aroman su vida con recuerdos íntimos, con historietas ingenuas y sencillas que se añejan en los labios provincianos, pero que resucitan todos los inviernos al calor del brasero sabedor de confidencias sentimentales. Todos tienen una parroquia vieja y de muros desteñidos, en cuyas torres pensativas anidan pa-

lomas, que pueblan de rumores de alas las meditaciones de los fieles. Y todas tienen tardes serenas y calladas, llenas de alma, de luz y de pájaros viajeros... Por eso no os digo el nombre de aquel pueblecillo.

II

El tren se detuvo. Gastón despertó. ¡Faltaban sólo dos estaciones! Arregló sus paquetes y levantó completamente las persianas. ¡Reconocía esos caminos y esas casuchas al borde de la vía! Los horizontes le hablaron de lejanas añoranzas. ¡El cerro azul á donde había ido una tarde con Panchito! Cada detalle le encendía una fiesta en el espíritu, y la música revoltijera de los recuerdos crecía ante cada piedra, cada árbol, que parecía salir á su encuentro recitándole la melancolía delirante de los ¿te acuerdas?... El viaje tantas veces soñado en las silenciosas salas de la Universidad era ya una encantadora realidad. Se preparó de improviso.

El estudiante ya comenzaba á considerar su proyecto entre los imposibles. Los recuerdos adorados se iban borrando lentamente, en medio de la bulliciosa locura de la vida cosmopolita. Los teatros y las tardes de retreta iban acumulando sobre la memoria de su pueblo, rostros de bailarinas, coplas de amor, trozos de vals bieneses, manecitas enguantadas que cariñosamente le decían adiós... Pero cuando recibió aquella carta amorosa que desde el rincón provinciano le escribió su tía, sus viejos amores por el poblacho natal resucitaron de improviso, como una llamarada venenosamente espiritual. Los vetustos parrones agobiados por los años, las calles cargadas de memorias, los vecinos comentadores, la estacioncilla solitaria, todo volvió acariciador, envuelto en las azulejas brumas de lo lejano y de lo que se vá... Ese viaje tan soñado llegó de improviso. Y en la noche en que recibió la invitación de su tía á pasar unos días en el pueblo, en la casa de Gastón no se habló de otra cosa. Se recordó la vida provinciana con sus encantos y sus bostezos, las noches de luna llena cuando jugaban en la calle, las tardes de lluvia, los paisajes melancólicos del barrio al cual no había vuelto más... Y después de resucitar ese rosario blanco de recuerdos, se proyectó el viaje para la semana siguiente, en las postrimerías de un Febrero carnavalesco y loco, cuando morían las vacaciones. Silbó la locomotora, y entró á la estación, en medio de una nube de polvo.

Bajó Gastón.

—¿Le llevo la maleta, señor?

—¿Le llevo la maleta?

Entregó su equipaje y echó á andar. Las calles parecían saludarlo con su silencio evocador. Era la hora de la siesta, perezosa y dormida; vagabundeaba por los patios provincianos ricos de sol. Un vientecillo sensual y mariposero jugaba con las primeras hojas doradas que arrancó aquel final de verano. Esa quietud de encantamiento le habló de sus lejanas tardes de adolescente, vividas allí mismo, en compañía de muchachos ausentes y colegialas de ojos preguntones, queno volvió á ver nunca.

Su tía le esperaba en la puerta de la quinta. Abrazos. Preguntas. Risas atropelladas. Pagó Gastón al muchacho, y entraron. La vieja quinta de las memorias del estudiante no e-taba allí. Los antiguos parrones agobiados de recuerdos habían sido derribados, y en su lugar reía la mancha verde de los simétricos cuadros de parque inglés. La enredadera de la glorieta no existía, y ésta, pintada, había perdido el encanto familiar.

—¿Y tu mamá?

—Está bien, gracias; le mandó muchos recados.

Entraron. El viejo caserón modernizado lo recibió con su silencio grave.

—Entra. Esta es tu pieza.

Entró Gastón. Era una habitación amplia, llena de luz. Por las ventanas no se divisaban las halagüeñas perspectivas con que él soñara, sino un alto murallón construido últimamente. Quedó solo. Y mirando al través de los cristales ese jardín que le sabía á cosa extraña, sintió una última pena ante la ausencia de aquellos árboles viejos que escucharon la música de los encendidos atardeceres de su ayer... Pero como tenía petulancias de cosmopolita, encontró una cursilería sus recuerdos sentimentales, y comenzó á silvar una opereta vienesa—pedazo de alma de la ciudad que le quedaba enredado en los labios. Una sirvienta se asomó á la puerta:

—Dice la señora que no silbe, porque puede despertar á la Teresita.

III

Gastón salió á la caída de la tarde, con una ansia loca de saborear todos los viejos paisajes que habían adornado su monótona y dormida vida provinciana. Esos árboles abatidos al borde de las veredas enarenadas, sabían la historieta ingénuo y encantadora de su adolescencia, salpicada de amorcillos insignificantes en las amorosas tardes de las vacaciones, llenas de caminatas y de partidas de lawn tennis. ¡Con cuánta emoción recorría los recuerdos de esas épocas idas! Y de cuando en cuando, entre el carnaval multicolor de sus añoranzas perfumadas, surgían detalles pequeñísimos, penas pasajeras de otros años, nombres de mujeres que apenas conoció... cabecitas curiosas asomadas á una ventana, mirando un punto indefinido, en medio de la venenosa melancolía de los barrios viejos de provincia... ¡Bajo este cielo había soñado tanto, allá en las fervorosas horas idas!

Tuvo un capricho sentimental. Ir al camino real, por donde una noche blanca de Septiembre, había pasado con varias muchachas de vuelta de un paseo; se habían detenido bajo un espino enmarañado, para hacer una fogata, y á su luz movediza y azulada, escribieron torpemente sus iniciales en el poste de un alambrado... ¡Qué pueril todo eso, qué novelero, pero con cuánto calor de memoranza amada resucitaba ahora, en el instante musical de las evocaciones, bajo la melancolía llorona de esta tarde desfalleciente... ¡Cinco años hacía de eso! Y en esos cinco años cuántas veces lo había recordado en las frías salas de la Universidad, ante un libro, y entre un rebaño de muchachos que, para él, no tenían sino un nombre, una fisonomía extraña, y un no sé qué de frialdad, que parecía que ninguno llevaba en su interior el poema íntimo de las cosas familiares...

—¡Gastón! ¿Tú aquí?

—¡Alberto! ¿Qué hubo hombre?

—¿Cuándo llegaste?

—Esta tarde. Estoy donde mi tía.

—Vamos á mi casa, chico.

—Nó, hombre, mira...

Trató de disculpase Gastón, pero todo fué inútil. Alberto lo arrastró á su casa, prometiéndole que lo pasarían bien. Esa tarde irían á verle dos muchachos literatos, discutirían, y pasarían algunas horas deliciosas. Accedió Gastón. Fueron.

Alberto Fé era un buen muchacho, hermano de leche con Gastón; habían crecido juntos, hasta que un día la ráfaga nerviosa de la vida puso entre los dos un adiós precipitado, dicho en la estacioncilla solitaria, dormida bajo el sol.

Cuando llegaron los muchachos á la casa, ya estaban allí los literatos, en el escritorio de Alberto, fumando unos cigarrillos que habían quedado olvidados sobre la mesa...

Saludáronse y Gastón fué presentado con una ceremonia teatral.

—¿Han esperado mucho?

—Oh! nó. Casi nada.

—¿Y cómo andan de trabajo?

—Regular, regular... tres cuentecitos insignificantes. ¿El señor escribe?

Se referían á Gastón. Nó, el señor no escribía.

La conversación comenzó á tomar proporciones de Academia. Se habló de libros, algunas polémicas caldearon el ambiente y los dos literatos, cuyos nombres no supo jamás Gastón, habla'on solemnemente:

—El arte moderno degenera en un amasijo prosaico de ciencia y de vulgaridades... El gran arte solemne de los viejos bardos moría estrangulado por el realismo asqueroso...

—Sin embargo el realismo triunfa—se atrevió tímidamente Gastón.

—Como triunfa el mercantilismo, el desprecio por la patria, el antimilitarismo... ¡oh, es algo horrible!

—Las ideas modernas van á...

—¡Qué ideas modernas, señor! El arte ha de ser grande, solemne, romántico, sin preocuparse de materialidades y...

—¿Se sirven una tacita de té? —ofreció Alberto.

—Bueno, gracias. Pero con poca leche... sin materialidades decía, algo melancólico y doloroso como es la vida.

Alberto refutó:

—Pero no sólo hay melancolía y dolor en las vírgenes pálidas, en el adiós de las novias, en los amores desdeñados; los hay también en los pequeños actos de la vida doméstica, en las tabernas, en los conventillos. Yo le aseguro que todas las Gracielas melancólicas de las novelas románticas, se ponen rosadas, gruesas y de buen humor, con un paseo al campo á pleno sol, en compañía de un hombre que antes de recitar versos, sea macho!

—Señor, por Dios! U.d. niega á Lamartine, á los grandes románticos! —hizo un gesto desolado y le pidió un cigarrillo á Gastón

Un mozo trajo el té. El otro literato que hasta entonces había guardado un simpático silencio, sin que nadie le preguntase nada, tomó la palabra:

—Hasta en los versos actualmente se ve la porquería. Hoy se rima *tregua con yegua, amor con cake-walk*... Es inalficible. ¿Estas galletas son de la esquina?

—Nó. Las compré en Valparaíso.

Ah! Son muy ricas.

Después que vaciaron las tazas, comenzó de nuevo la polémica, y antes de marcharse los flamantes literatos, uno de ellos, borracho de lirismo, empezó á hablar de su arte;

—Sí; algo solemne y grave, sin chistes canallescicos como los que ahora se acostumbra, una obra sería como es la naturaleza...

Gastón, aburrido, por la ventana entreabierta, miraba la calle solitaria, dormida en la paz amorosa del atardecer. Al fondo, el perfil de los cerros que él conoció desde pequeño, que le hablaban con la voz familiar de las cosas viejas y amadas, en donde el alma de los días muertos dejó la melancolía incurable de los últimos adioses... A lo lejos silvó una locomotora, y su grito le supo como una puñalada, en el silencio de ese crepúsculo que se desteñía.

El literato continuaba:

—...que hable sólo de asuntos magníficos; almas, paisajes, dolores, risas; en la vida de los poetas no han de mezclarse las cifras, ni las comidas, ni nada de eso que huele á almacén ó á cocinería.

Se prepararon para salir. Pero antes de marcharse el autor idealista, llamó á Alberto á un rincón de la escalera, para pedirle prestado siete pesos que adeudaba á la patrona.

IV

Gast'ón llegó á casa de su tía cuando ya habían terminado de comer.

—¿Has comido?

—Sí, en casa de Alberto—mintió Gast'ón con una seriedad convencedora.

Por la ventana del comedor aún se alcanzaban á distinguir las últimas claridades del atardecer. Teresa inclinaba su cabecita rubia sobre un tejido desigual—caprichoso producto de sus manos de muñeca regalona. La señora Juana se entretenía en alinear las migas junto á la taza de café. Aquel silencio austero y aquella tía piadosa le molestaban francamente.

Su prima Teresa era una mariposuela resignada; para ella la vida concluía en las rejas del jardín, y sus únicas fiestas espirituales las celebraba en el piano, cuando á la hora sensual y perezosa de la siesta, ella repetía su repertorio de vales antiguos que no había bailado nunca... Su infancia tuvo una melancolía serena y blanca de ancianidad, y ahora, en la gloria de los catorce años, dejaba pasar la caravana de sus días iguales, con un dulce sentimentalismo de adolescente desencanto.

Gast'ón miraba todo eso con enfado. La vida reclusa de esa muchacha era una crueldad escudada por todos los prejuicios y toda la grotesca falange de convencionalismos que habíanle dejado de herencia sus antepasados virtuosos...

—¿Tú te acuestas temprano?—le preguntó la señora Juana.

—Sí, tía, temprano...

—Aquí nosotras también. Con Teresita rezamos hasta las ocho y luego á la cama.

Pronto Gast'ón se fué á su pieza y se encerró, resignado á no comer, y á esperar el final del rezo para escapar. Se asomó á la ventana. ¡Qué diantre! La noche tenía toda la solemnidad salvaje de las noches provincianas, en que parece que el armazón del firmamento está más alto. De la cocina llegaban ruidos de loza y de agua. A lo lejos talvez en un cerro cercano—una lucecita vaga y humilde parpadeaba misteriosa. El silbido de una locomotora despertó la caja de música de los recuerdos, trayéndole un viejo aroma de los días de su ayer carnavalesco y multicolor. Una ráfaga de sentimentalismo novelero le azotó la frente. Del sentimentalismo inocente y sabroso de los buenos días, cuando celebraba amoríos con las primas en las horas dormidas de la tarde. Los ruidos de la casa se iban desmayando lentamente, y poco á poco algunas puertas se cerraron. El cielo, enorme y azul, con una grandeza de pesadilla y alucinación, tenía azuladas amplitudes marinas. Un vientecillo frescachón y aromoso de final de verano, se arrastró por el jardín como un cuchicheo.

¡Ya debía ser hora!

Saltando la ventana, avanzó sigilosamente por el corredor que daba al jardín. Al pisar en el asfalto granos de arena crujía sonoros. «No importa—pensó—la tía debe estar soñando con una indulgencia plenaria». Cuando estuvo en la calle, una alegría de colegial le estremeció. Los faroles de parafina arrojaban sobre las veredas desiertas una claridad amarillenta y escasa, resucitándole viejas historias de sus noches provincianas. A poco andar tropezó con un conocido sportman de la localidad.

—Buenas noches, Domingo.

—¡Hola, Gastón! A dónde va Ud?

Explicó el muchacho su sencillo proyecto: dar una docena de vueltas por esas callejuelas olvidadas.

—Hombre, esa es una tontería, y dispense Ud. que se lo diga. Véngase conmigo á casa y pasaremos un par de horas...

No pudo desprenderse Gastón y fué. Domingo lo condujo del brazo por las calles hablándole á gritos de sus triunfos atléticos.

En la casa le presentó á su señora, una morena de ojos habladores, á un hermano, y dos chiquitines rubios y paliduchos.

Era Domingo un hombre colorado y pletórico de sangre, que se limpiaba la mano en el pantalón antes de darla, al saludar. Radical convencido, odiaba á los sacerdotes con un odio sistemático.

Llevó á Gastón al salón. Una piececita poblada de cursilerías poblanas, retratos de la familia en actitudes teatrales y rígidas, y tarjetas postales con sabor á vales canallescós y á novelas de folletín.

-- Siéntese, amigo, con confianza, siéntese.

-- ¿Y cómo va de foot-ball, Domingo?

-- Bien, hombre, bien. Mañana tenemos una partida brillantísima, pero un back nuestro está mal. Juega muy bien ese back, es hijo de don Ramón, el de la esquina. Yo le mostraré, hombre.

Se puso de pie y de una caja de cartón sacó un manojó de papeles amarillentos con olor á olvido y á lejanía sentimental...

-- Oiga, hombre... -- desdobló un recorte de diario -- «Ayer se jugó el desafío anunciado entre el «Marga-Marga Foot-ball Club» y el «Reculemu Sporting Club», resultando vencedor el primero por quince goals contra ninguno de su competidor. El centre-forwards don Juan Pérez introdujo el primer goal, después del brillante «pass» que le hizo el Half-back señor Marco Lira». Fijese en este otro: «Ayer asistimos á una partida jugada por los socios...» Nó, este nó.

Desdobló otro papel y leyó á tropezones el párrafo gacetillero, evocador de victorias desteñidas por los años. En un rincón un reloj despertador desgranaba su tic-tac desesperante, agujercando el silencio. Luego otro párrafo y otro más. Gastón comenzó á inquietarse ante la caravana de triunfos escritos, que le robaban las horas musicales de esa noche de libertad. Pero su inquietud pasó desapercibida. Concluidos los párrafos, tuvo que admirar medallas y diplomas—premios de torneos, retratos, grupos de atletas poblanos, cintas tricolores con fechas que evocaban días muertos; un bazar amarillento de fragmentos de una gloria vistosa y barata. Cuando el reloj dió las once, Domingo acompañó á Gastón hasta la casa de su tía, para que no se fuese solo, y para contarle cómo concluyó un «match» de foot-ball jugado el carnaval último.

V

La mañana brillante y derrochadora de sol. Por las callejuelas anegadas en luz ninguna carreta rompía la quietud amorosa con el chillido de sus ruedas. Gastón se lanzó á la calle con el alma florida de ágiles entonaciones y los ojos hambrientos de paisajes mañaneros, plenos de músicas, de brisas y de sol. Tenía su proyecto formado. Iría primero á casa de un tío viejo que esperaba la muerte satisfecho en una quinta de los alrededores del pueblo, y luego pasaría á casa de una prima encantadora, rubia y espiritual, que tenía una boca húmeda de gata—con quien en lejanos años Gastón enredó fáciles amoríos de vacaciones.

Por la calle solitaria y dormida, marchaba alegremente silbando compases vie-neses, que insultaban con su dulce locura la calma poblana, resucitadora de su vida de colegial.

El paisaje todo parecía saludarlo con una blanca floración de recuerdos. Las viejas tapias agrietadas, los molinos inquietos, los árboles al borde de la acera, toda la calle tenía para él un gesto amigo y dulce y bueno.

En casa de su tío, al llegar, recibió un puñado de galanterías. Le encontraron más grande, más gordo y más buen mozo. Su tío, después del alegrón de la llega-

da del sobrino, le convidó á pasar al escritorio, le ofreció asiento, y el buen viejo comenzó á trabajar.

—Ya ves, hijo, todavía con mis números y mis cuentas, y si no fuera por ellos me aburriría. Te aconsejo que hasta en los días de fiestas trabajes, sirve tanto para matar el tiempo.

—Es claro.

—Y tú debes de ser apto para esto.

—Algo.

—A ver. Siéntate aquí. Escribe. Yo te dictaré.

Se puso de pié el viejo y comenzó á dictar. Gastón detrás del amplio escritorio burgués apuntaba:

—Doscientos diez... Trescientos dos... Ocho... Setenta... Suma.

Un rato de silencio, y luego la voz de Gastón:

—Quinientos ochenta.

—Bien. Ahora. Cuatro... Quince... Mil uno... Ochocientos dos... Suma.

Otro rato de silencio, y la voz de Gastón:

—Mil ochocientos veintidós.

—Bien. Ahora. Siete... Treinta.

VI

Algunos días después, el periódico del pueblo decía en la Vida Social: «Ayer regresó á la capital el distinguido señor Gastón Lee, después de pasar una semana de descanso en ésta».

Y cuando Gastón, rodeado de amigos, hablaba de su veraneo, despertaba envidias:

—Una noche de luna en que hicimos un paseo al estero...

DANIEL DE LA VEGA.



ANHELO



¡Tú no eres la muñeca que yo quería!
Ya no escucho en tu cuarto la risa loca
Que brotaba en tu linda, tu roja boca
Cual si fuera un desgrane de pedrería.

Quando en el alma sientes una alegría
Que á la franca y sonora risa provoca
Ríes como una monja bajo su toca
Con la risa que expresa melancolía.

¡Quiero escuchar tu risa, tu risa franca!
¡Quiero ver de tus dientes la rosa blanca!
¡Quiero sentir lo mismo que antes sentía!

¡Quiero ver de tu boca la llamarada
Y quiero que murmures arrodillada
Quando á dormirte vayas: ¡«Ave María»!

JUAN GUZMÁN CRUCHAGA.




Cinematógrafo Internacional

Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Méjico, Colombia, Ecuador, Perú, Argentina,... todas las naciones de Europa y América viénense entrando por la puerta de mi escritorio.

Las trae el mozo, amarradas con débiles cordelitos y cuidadosamente lacradas, selladas y timbradas.

Examinémoslas por turno.

A tout seigneur tout honneur... Los diarios de Francia son los mejores escritos: justo es empezar por ellos la lectura.

Nada más delicadamente sabroso que los periódicos franceses. Brillan especialmente por la concisión y el *esprit*. El editorial es breve, liviano, salpicado de anécdotas, lleno de frases ingeniosas y burlonas. Los periodistas franceses jamás toman la seriedad en serio y á lo mejor de las más graves declaraciones, salta el gesto picaresco del *clown*. Hacen, riendo, las mas hondas disquisiciones filosóficas y confirman á cada línea la palabra de Anatole France:—La primera cualidad de los franceses es la claridad; la segunda, la claridad y la tercera la claridad.

No traen grandes informaciones, ni crecido número de páginas, ni anuncios estrepitosos. Hasta podría tachárseles de atrasados y, seguramente los comerciantes yanquis los miran con desdén. Pero desde la primera hasta la última página, cada nota, cada comentario, cada frase, es un encanto de livianura y de chispa. Poseen ese arte inimitable de rozar apenas las cosas, de tocar y no insistir, insinuar y no cargar la pluma, que parece estar en el genio mismo de la lengua. Por eso sus observaciones, aunque incomprensibles para todos los países, no pueden traducirse completamente en ninguno. Dando cuenta de la fiesta de caridad en que Sarah Bernardt, vestida de l'Aiglon, recogió erogaciones para los niños pobres, un diario habló de aquel hijo de Napoleón, tísico rematado, «que había muerto de amor a su patria»... El cronista de «L'Univers» lo volvió a la realidad con esta leve ironía:

—«Hélas! Et aussi d'un peu tuberculose ..!»

Contraste perfecto con los finos y aéreos periódicos de Francia hacen los que se leen en la City londinense. Son graves, graves, graves. De una autoridad dogmática enorme; respetables é ingenuos como un *clergyman*; lo dicen y comentan todo en el gran tono de seriedad. Son de un pudor monjil, á lo que contribuye la severidad de las leyes. Hace poco, un periódico de la capital, creo que «The Daily Chronicle», dió la noticia del matrimonio de un canónigo católico. Quince días después era condenado á pagar trescientas libras de multa y á costear la rectificación en todos los diarios de Londres.

Los diarios yanquis son... como los yanquis. Enormes, excesivos, desbordantes de avisos llamativos y de noticias, en letras rojas, amarillas, noticias con títulos colosales, noticias falsas, verdaderas, escandalosas, edificantes; noticias de todas partes del mundo y detalladas hasta lo inverosímil. El editorial ocupa dos o tres pulgadas, y por lo general está escrito en tono de energía feroz. Los hay rotundos y brutales como una bofetada. El folletín llena dos ó tres páginas y siempre trata de salteos, asesinatos misteriosos, aventuras policiales, cacerías de pieles rojas ó excursiones arriesgadas; en la crónica se encuentran, además, raptos; matrimonios extravagantes, casos únicos de virtud, vicio, sabiduría ó ignorancia, episodios del principio y del fin del mundo. En una palabra, todo lo extraordinario y extra imaginable.

¿A gritos? Sí. Es lo que se me viene á la mente al pensar en los diarios de Méjico. Redactados á gritos.

El «Diario del Hogar», que me llega con frecuencia, trae sus pequeñas hojas inundadas de letras mayúsculas; casi todo se vuelve títulos á dos, tres ó cuatro columnas, con lo que la más leve noticia adquiere importancia desmesurada.

Echan chispas, como suele decirse, y al pensar en sus redactores, me figuro unos oradores populares, con la faz congestionada, la boca abierta, empuñadas las manos, perorando á gritos como para que se les oiga en una legua á la redonda y gritando cada vez más fuerte porque no les prestan atención.

En general, al contrario de los diarios franceses, carecen de interés fuera del país.

Colombia, reposa el ánimo con sus diarios de corte antiguo, mesurados, muy bien escritos, demasiado bien escritos, en que siempre viene alguna delicada página de literatura y, todos los Lunes, un suplemento literario de primer orden.

«El Nuevo Tiempo», se distingue por el papel riquísimo y por su precio extraordinario: vale tres pesos.

Creo que constituye el record para una publicación de cuatro páginas.

Los diarios del Ecuador se asemejan á los colombianos por lo de las bellas letras. En casi todos viene un número del Lunes, dedicado á cuentos, críticas y versos. En el resto de la redacción, son generalmente exaltados y violentos. El periodista más visible, el famoso tuerto Calle, es un energúmeno, y durante su última campaña contra Chile, dijo cosas atroces. Generalmente me llegan dos, uno católico y otro anti-católico, que se insultan y aborrecen á muerte, y es una ironía deliciosa verlos confundirse juntos en el mismo canasto de basuras.

«El Comercio», «La Prensa» y «El Diario», son las tres publicaciones que recibo de Lima.

«El Comercio», es como «El Mercurio», diario serio, grave, aburridor, y tan anodino que apenas se sabe si es gobiernista ú opositor.

«La Prensa», en cambio, escribe con entusiasmo siempre vibrante, y por lo general ataca al Gobierno con rudeza. Últimamente ha obtenido un triunfo espléndido con la elección del señor Billinghurst, por quien hizo campaña ruidosísima. ¿Perderá el nervio al servir al poder?

«El Diario», no tiene un carácter bien determinado, pero agrada por sus buenas informaciones.

Materialmente, no alcanza la prensa peruana el adelanto de la nuestra, ni mucho menos; pero está bien informada y bien escrita.

Con ocasión del Congreso Estudiantil, se ha portado noblemente respecto de Chile.

Saliendo del Perú, subimos á la altiplanicie y divisamos las ciudades de Bolivia y sus diarios con las pequeñas hojas desplegadas.

¡Qué poco interesantes son! Casi nada se puede decir de ellos. Algunos venidos de la capital, se confunden con los que llegan de provincias chilenas. Se engolfan en disputas teológicas de otros siglos y no salen de las cuatro páginas.

Salgamos de Bolivia, bajemos á las pampas vecinas y llegaremos á Buenos Aires, tierra prometida del diarismo americano.

Con «La Prensa», «La Nación» y «La Argentina», bastaría para colocar á nuestros vecinos en el primer lugar como periodistas modernos. Y existen, además, muchos diarios de verdadero mérito.

Son noticiosos y un poco sensacionalistas como los yanquis, pero cuidan más de la inteligencia y el arte. Entre sus seis páginas de avisos económicos, apretados y nutridos —una sola vale doce mil pesos al mes— y las extensas informaciones nacionales y extranjeras, queda sitio para el artículo editorial y las correspondencias de grandes autores extranjeros. En «La Nación» y «La Prensa», colaboran doña Emilia Pardo Bazán, Jules Claretí, Gómez Carrillo, Rubén Darío, Ramiro de Maeztu, Henry Lavedán, Anatole France, Jules Lemaitre, etc., etc. Y no es preciso citar otros nombres para darse cuenta de la forma elevada y nobilísima en que

los argentinos comprenden la tarea diarística. Demás está decir que esos corresponsales ganan sueldos principescos. Rubén Darío cobra quinientos nacionales por columna y media. Y así los otros.

En cuanto al carácter de cada uno, para compararlos con los nuestros, diremos que «La Prensa» equivale al «Mercurio», con un poco de más de generosidad literaria y artística. «La Nación», al «Ilustrado», con menos nervio é independencia, y «La Argentina» á «La Mañana»... si «La Mañana» fuera como quiere ser.

Terminemos.

La prensa chilena es de primer orden. Sí; en Sud-América viene inmediatamente después de la Argentina, superándola por muchos conceptos. Es más liviana, más ágil, más «periodística». Por ejemplo, en Argentina no existe el sistema esencialmente moderno de los artículos de redacción, cortos y nutridos, que nosotros cultivamos desde hace tiempo. Es, además, muy seria, muy digna. No da esas noticias enormes y mentirosas que se ven por los diarios yanquis y en algunos bonaerenses. Cuida de las letras sin el exceso de los tropicales ni la pródiga magnificencia de los argentinos, pero con discreta cultura. Informa, instruye, agrada, moraliza; es, en fin, todo lo contrario de lo que dijo el señor Vicuña Fuentes en el Congreso Estudiantil de Lima, un periodismo muy sano, levantado y varonil que se distingue ventajosamente entre los de América.

H. D. A.



SONETOS

Cerca del Cielo.

Se aclaró el oriente como una ventana
De vidrios azules que una luz esconda
Y en la lejanía misteriosa y honda
Se pintó un reflejo pálido de grana.

Desde el alto cerro vimos la mañana,
Nos llegó el perfume dulce de la fronda
Y el cuerpo y el alma gozaron la onda
De los despertares de la vida sana.

¡Qué aurora tan bella! qué bello horizont!
¡Cuánta luz dejaron en nuestras pupilas!
Mas, llegó la hora, bajamos del monte.

Y vimos que aquello fué delirio insano,
Que son impurezas las horas tranquilas...
Cuando se comentan con lenguaje humano...

Dolor? Rubor?

Los pinos dormían. En el tosco escaño
Nos sentamos juntos: la noche tranquila
Dejaría sombras en nuestra pupila
Para no mirarnos tras el desengaño.

¡Cuánto día inútil!—pensamos, ¡cuánto año
Tras una esperanza que penas destila!...
Y rasgó el silencio la voz de la esquila
—¡Quién fuera monjita!—¡Quién fuera ermitaño!...

Y cuando los cielos tuvieron su aurora,
Ella que de penas y deliquios llora,
Sollozó á mi lado mirando al lucero...

¿Cuál era la causa de su pena acerba?
¿Por qué cuando ahora me mira me enerva?
¿Por qué no le digo que aún después la quiero?

Dormida!

Al pasar me sonrío cariñosa
Recordando esos tiempos tan lejanos
En que vivimos juntos como hermanos
Bajo un cielo de aurora color rosa.

Su vida es una linda mariposa
Que vuela en los jardines más lozanos,
Mientras, cansadas de la lid, mis manos
Quieren cavar, para dormir, la fosa.

Y medito en la suerte que tuviera
Si le hubiera confiado el hondo empeño
De hacerla en mi jornada compañera.

Quedó sin ella mi existencia trunca,
Pero ella se ha dormido en el sueño
Y es mi deber no despertarla nunca!...

Verdad.

Te puse en un madrigal,
En mármol te cincelé
Y una noche... te pinté
Sobre un jarrón de cristal.

Amo tus ojos de mal
Que enervan más que el café
Y siempre te recordé
Como una loquita ideal.

Mas no digas que mentí
Ni que te quise engañar:
Eras para mí una flor,

Tan bella que pretendí
Con ella un verso adornar:
¿Crees que es eso el amor?...

Vértigo.

En la sala del teatro, la fiebre del ambiente
Puso fuego en nosotros: tus ojos sobrehumanos
Me hablaron de una entrega vigorosa y ardiente
Y tus manos febriles oprimían mis manos.

Mis manos devolvían quemada tu corriente
Poderosa de vida. Como sones lejanos
Llegaba el comentario confuso de la gente,
Mientras se realizaban nuestros sueños lozanos.

Pálidos, temblorosos, el alma confundida,
Fuimos dos cuerpos, pero con una sola vida:
—Tal dos almas en gracia que se unen en un rezo...—

Y ante la concurrencia que tenía que verte,
En un gesto supremo, sin poder contenerte,
Me quemaste los labios por querer darme un beso!

Rayo de luna.

En una noche de amargo hastío quiso el acaso
Llevarme á un biógrafo de un barrio extraño. La concurrencia
Como si fuera yo un ente raro siguió mi paso,
Me senté solo con mis pesares y mi conciencia.

Bajo un sombrero, como una aureola de obscuro raso,
Dos ojos tristes en mí vertían su refulgencia,
Bebí esos rayos como un enfermo bebe del vaso
En que han vertido la medicina de su dolencia.

Era muy bella! Su tez tenía blancor de luna,
Noche y estrellas, sus ojos tristes y soñadores
Luz é inocencia su frente pálida, inmaculada.

Llegué á mi lecho y al adormirme soñé con una
Hada bendita que iluminaba con sus fulgores
Toda la noche triste y profunda de mi jornada.

JORGE HÜBNER BEZANILLA

➤ AMARGA CONFIDENCIA ➤

(Histórico)

Fué en una tibia noche de primavera cuando el silencio ponía sobre las sombras una pesada mortaja de misterio...; noche embalsamada por el perfume de la resurrección de las primeras rosas; noche de calma interrumpida sólo por el ronco rodar de los tranvías en fuga, que de vez en cuando movían las desmayadas lágrimas de cristal de la lámpara que finjía, bajo el cielo raso color de tierra, un hermoso trébol abierto.

A la luz amarillenta de aquella lámpara muchas veces se habían cruzado las sombras negras de los dos amigos que hablaban siempre en voz baja, unas porque se canjeaban confianzas y otras por no molestar el sueño del vecino próximo que dormía como un bendito á las altas horas de la noche en que se deslizaba la conversación de aquellos dos seres que por una mutua simpatía habían ido acercándose en una bella comunión de espíritus.

Aquel era un afecto raro: Enrique era un francés de ojos azules y bigotes rubios; su nariz aguileña recortaba sus líneas encima de un rostro pálido mate que caracterizaba un sello de nobleza; como su bigote, los cabellos tenían un limpio color de oro... y, alto de cuerpo, ancho de hombros, su aspecto en conjunto presentaba un aire simpático de buen mozo.

Por el contrario, Andrés era lampiño y ñato; su cara redonda descansaba sobre un cuello corto, bajo el que se estiraba un cuerpo de recia contextura; una melena echada atrás caracterizaba su facha.

Enrique, envuelto por la ola de la fiebre de conocer otros países, en los que soñaba hacer fortuna, había abandonado su hermoso París en una noche borracha de luz, cuando la algarabilla de la ciudad fantástica reventaba en explosiones de fiesta. Había venido á Chile siete años atrás; y en Santiago, su honradez y dedicación al trabajo, le labraron al fin de la ruda batalla una asegurada posición de bienestar. La historia de Andrés era más corta: un año justo hacía que perdiera de vista el paisaje azul de sus tropicales costas y pasaba la vida entre el ideal y el trabajo, ya componiendo suaves madrigales de amor á los ojos negros de la amada lejana, ora metido en la oficina de un abogado burgués, bilioso y rechoncho como un Sancho de levita.

Y aquellos dos mozos se encontraron un día bajo el amparo de la misma pensión; alguien los presentó y, sinó simpatizaron al principio, el trino de una guitarra les hizo hacer el dúo de sus voces, sellando así el Código de su amistad.

*
* *

Fué una tibia noche de primavera cuando el silencio ponía sobre las sombras una pesada mortaja de misterio...; noche embalsamada por el perfume de la resurrección de las primeras rosas; noche de calma interrumpida sólo por el ronco rodar de los tranvías en fuga que de vez en cuando movían las desmayadas lágrimas de cristal de la lámpara que finjía, bajo el cielo raso color de tierra, un hermoso trébol abierto.

Las diez... las once... las doce...

Y el «silencio se conjelaba» más y más...

Arriba el humo gris de los cigarrillos «Eva» se retorcía, se alargaba, se extendía formando caprichosas espirales de serpientes inverosímiles, ó nubes de bruma, ó caderas torneadas de mujeres semiveladas por el tul de la luz que llenaba el cuadrilátero de la pieza de Andrés.

—No sé—dijo por fin el pensativo Enrique—pero esta noche cálida me llena de pensamientos negros que aletean dentro de mí como fantásticos mochueros...

Y se abismó de nuevo en su doloroso mutismo, mientras el humo de los «Eva» seguía pintando caprichosos dibujos sobre la mampara luminosa de la pieza bohemia

Luego fué Andrés:

—No debías entregarte á esa enferma mujer que llamamos Desesperanza: sus brazos largos y esqueléticos abrazan en paroxismos ahogadores; son como los anillos de las sierpes...

Y Enrique, abriendo sus ojos azules como un perezoso noctámbulo y estirando sus brazos que quedaron formando una gran cruz, habló por fin pesadamente... secretamente... lánguidamente, como si aquella confidencia, la más grande de su vida, se resistiera á asomarse en sus labios bordados por un rictus solemne de extraña amargura:

—De esto hace ya tres años; tenía cuatro de haber llegado; París se me perdía entre las nubes cárdenas de la lejanía y de la ausencia y, dedicado á mi trabajo, sólo pensaba en labrarme un porvenir...

—.....?

—¿Conquistas?

«Las tuve sí; pero el amor no se enseñoreaba en mi alma; los labios de fresa de las mujeres eran para mí un entretenimiento fugaz como el rojo resplandor de los relámpagos».

«De esto hace ya tres años: entonces habitaba una casa de pensión de la calle Gálvez; una tarde que regresaba de mis cotidianos quehaceres, y al salvar la escala para desembocar en el salón, me encontré con una chiquilla de ojos grandes y verdes como el mar; la caricia de aquellas dos pupilas fosforescentes y raras me envolvió... y al ser presentado á ella, sentí temblar entre la mía la seda de su mano diminuta».

«A qué entrar en detalles? Me ofreció su casa; se llamaba Julia y allá fué una noche ansioso de volver á mirarme en el espejo limpio de sus ojos verde-mar».

«Mi hermana Elisa—dijo—con un mohín de risa entre sus labios... Una inclinación de cabeza... un apretón de manos... y sobre sendos sillones recamados de terciopelo se deslizó la conversación, cortada y fútil al principio, luego amena y chispeante... ¡Ahí, al frente, estaban las dos mujeres á las que la fatalidad ponía como dos fantasmas que más tarde desgarrarían mis ensueños, marchitando cruelmente mi existencia...!»

«Y fué Elisa—cosa extraña—mi novia durante tres meses: tres meses que deshojé á sus plantas todo el inmenso caudal de mis quimeras sonrosadas !»

«Una tarde me anunció Julia su partida á Valparaíso en compañía de su madre. Recuerdo que estaba muy triste al contármelo, y cuando por la noche me estrechó su mano en la Estación, un momento antes de partir, no sé qué acento amargo percibí en el adiós ahogado de sus labios...; de sus ojos verdes una ola de lágrimas rebotó por la playa de sus pestañas de seda... lágrimas que rociaron mis manos mientras la suya temblaba evocando dulcemente aquella tarde en que nos conocimos».

«Cuando Julia volvió de Valparaíso, Elisa era ya mi esposa; habíamos recibido la sagrada bendición de Himeneo: juntos, para siempre juntos por el sendero de la vida... yo que al ir á la alcoba nupcial, la primera noche, me encontré con el poema roto de mis amores... ¡Ya estaba deshojada la flor que yo soñaba pura... Así lo creía, aunque la duda se me presentaba con un residuo de esperanza sobre el cáliz de mi ilusión que quería reedificar cabe las ruinas de mi castillo derrumbado el palacio de la Fé...!»

La una... las dos... las tres...

Enrique se paseó febrilmente á grandes pasos por la pieza con las manos echadas hacia atrás, revuelto el oro de sus cabellos... Y mientras tanto los tranvías habían cesado de rodar y estaban fijas, como escuchando, las lágrimas de cristal de la lámpara que languidecía como un trébol marchito.

Luego reanudó su secreta, su amarga confidencia:

—«Yo estaba solo; en la vecina pieza mi esposa cuchicheaba con su madre... Como un gato que apaga sus pisadas arteras en la alfombra, así me fuí acercando; y fueron dardos emponzoñados las palabras aquellas dichas á media voz...: «sí, está muy frío, muy frío, mamá, desde la primera noche...» y apagando más la voz, la madre dijo: «¿Habrá sabido aquello...?»

«Esas palabras fueron el «Mane, Thesel Phares» que danzaron ante mis ojos como una maldición, destruyendo el último reducto donde mi suerte esperaba el desenlace...!»

«Y Julia había regresado más buena moza aún; sus ojos como que más brillaban bajo el arco de seda de sus cejas oscuras... Ella sí, debió haber sido mía; ella sí lo habría sido, tan pura, tan santa; por ella había llegado yo á su casa... ¿Por qué me casé con la otra? Enigmas de la vida, Andrés, que se complace en desgarrarnos el corazón é iluminar la senda de la infelicidad, obscureciendo el verdadero camino de la dicha.

«Ya vez, hermano, la horrible página que encierra el libro de mi vida; estas cosas que pasan inadvertidas tienen un fondo de desgracia infinita; hoy, por estas equivocaciones, cuatro seres sufren desastrosas consecuencias: yo, que amo á Julia con toda la fuerza de una pasión imposible; Julia, que sé que me ama y que llora el desencanto de su primera ilusión que habrá de marchitarse con su vida; una pobre guagua, fruto de mi matrimonio, que aún ríe con la inocencia de su risa infantil y que más tarde llorará sobre el fantasma vivo de esa historia... y ella, la infame esposa, que tendrá que escuchar eternamente la voz acusadora de su engaño...»

«Y uno sólo es feliz: el don Juan, miserable que se ríe en la sombra como un goloso hartado de primicias...!»

Ya todo era silencio: la luz agonizaba sobre el lívido cristal de la lámpara; de vez en cuando rodaba un coche martirizando el asfalto de la calle; un gallo lejano daba al aire el eco de su canto monótono y agudo y el triste grito del tortillero pasaba entre la semi-luz de la calle como un canto de miseria... «Tortillita buceena...» y se alargaba más...

El último sorbo de los cigarrillos se esparció por la pieza y los retratos pegados en la pared, fijos entre sus marcos, evocadores de lejanas y queridas imágenes, parecían insinuar la hora blanca del sueño.

Como un último tono de tristeza, un horrible chon-chon pasó rozando sus alas negras por el limpio cristal de la ventana y lanzó un grito sordo que remedó la carcajada de un burlón...

Abajo, dos voces dialogaron:

—Quién sabe qué desgracia se nos viene encima, compaire...

— Quién sabe...

GABRY RIVAS.

Santiago, 1912.



* COSAS DE HOY... *

A Angel C. Cruchaga S. M.

Cupido no ríe, Cupido no asecha,
Cupido ha perdido su reino de amor.
Y su carcaj viejo y su recia flecha,
Y sus dardos saben de olvido y dolor.

Un niño vendado como él, la pelea
Del amor comienza con ruido sonoro,
Viste frac y lleva, como gran presea
Repleta escarcela de joyas y oro.

Es que en estos tiempos de vanas pasiones,
De lujo mentido, de claudicaciones,
Las almas vacías van tras el fulgor,

Del oro brillante que les abre brecha.
Por eso Cupido ni ríe ni asecha,
Por eso ha perdido su reino de amor.

ABRAHAM A. ARCE.

Santiago, Junio de 1912.



* De estrella en estrella *

(SINFONÍA)

Á mi compañero Gabry Rivas, fraternalmente.

Lejos de ese coro que nos martiriza, muy lejos del centro,
bebiendo ideales, colores y notas que vienen de adentro,
cantándome á solas los goces internos de mis fantasías,
soy un algo aleve que danza y que vive con las lejanías.

Éter, nube, aliento... ¡qué se yo! mi alma va en pos de una estrella,
mi alma de poeta, que envuelta en su nimbo, palpita con ella,
que surca por sobre lo azul del espacio, y que llega ¿hasta dónde?
—Allá donde juega, se agranda y se achica, se apaga y se esconde.

—¿Me llamas? qué quieres?

(me dice la estrella)

—Me tienes contigo.

—Quisiera contarte

(respondo)

—Mis penas ¡oh luz que persigo desde los solares del mundo, que no ama la esencia de cada cintilar divino de tu luz, y no halla verso ni alma en nada!

Y como tú sabes el grato perfume de las bacanales que tienen conmigo la luna y los vientos, en giras ideales, como tú conoces la razón del llanto, que á veces se acalla, cuando, sin saberlo, un manantial de risas de repente estalla, y como tú sabes todo eso... y más que eso;... mi eterna querella contarte quisiera, muy lejos del polvo, muy junto á tí, estrella!

Digo, y me detengo.

—(Ya el pueblo en su obscuro velamen se escombra ya viene el silencio que reza contrito, perdido en la sombra).

—¿Qué he de hacer? Me callo.

(La luna y el grillo, y el árbol y el viento, dicen ya la misa del arte divino y el recogimiento)

ARM. CARRILLO RUEDAS.

Primavera romántica...

A Teresa

¡Como tienen los días sus auroras
Así los años tienen primaveras!
Y pues, con trinos de aves reidoras
Y florido cordón de enredaderas,
La de este año llegó, como en los días
En que derrocha el sol sus alegrías
Por las lejanas lontananzas, quiero
Volver á tí las cuerdas de mi lira
Y, en el añejo son del *Romancero*,
Decirte versos en que Amor suspira,
Para que el terciopelo de tu frente
Y el blanco de tu rostro, de repente—
¡Prodigios del pincel de los rubores!—
Se tornen rojos como rojas flores...
Y de tus timideces, la hojarasca

Se irá esfumando á cada verso de oro
 Que, por rendir tu púdico decoro,
 De la mi lira enamorada nazca!...
 ¡De la mi lira que al llegar la aurora,
 Como al romper de cada primavera,
 Se enamora del sol y se enamora
 Del ave, de la flor y la pradera!...
 ...Tú, virgen moderna, encantadora,
 Vaso frágil, cambiante y hechicero
 ¿Sentiste la belleza de la aurora,
 Leiste alguna vez el *Romancero*?...
 Tú, que has bordado tus ensueños castos
 En la concha de nácar de tu alcoba,
 ¿Nunca ambicionas los espacios vastos?
 La luz del más allá ¿nunca te arroba?...
 Tú, que has sentido, como yo, pesares,
 Que en el cuerpo y el alma tienes galas,
 ¡Oh! ¿no quisieras recorrer los mares
 Y el espacio, y volar y tener alas?
 ...Hoy, que ha llegado ya la Primavera
 Desatando un puñado de alegrías,
 ¿No te dán ansias de abarcar la esfera
 Y de sorprender en tu carrera
 Toda la magia de las lejanías?...
 Tú, que eres amorosa sensitiva
 A quien adora un corazón galante,
 ¿No tienes ansias de ese «más arriba»
 O de ese «más allá» de los amantes?...
 ...Hoy, que venido ya la Primavera
 Te invito á pasear por la campiña,
 ¡Oh, si tú supieras, si supieras
 Cómo vas á tomar!...—¡Mucho más niña!...
 Mientras el sol, los campos y las flores,
 Y las aves, la luz y los colores,
 Vayan cantando el gran poema, quiero
 Que vayamos los dos por los senderos
 Recitando el antiguo *Romancero*...
 Como los versos de la edad galante
 Irá la dama con su caballero
 Y, copiando una época distante,
 Seremos una amante y un amante
 Escapados los dos del *Romancero*.
 Tú, casta, virginal y pudorosa,
 Hurtando la cintura á mis codicias;
 Y yo, con rejos de varón, la rosa

De tu boca ungiré con mis caricias!...
 Y así iremos los dos... La Primavera
 Tendrá celos de tí, y el sol radiante
 Desde su trono fúlgido y distante
 Me envidiará la frágil compañera.
 Las flores de los campos, blanda alfombra,
 De seguro, previenen porque pises;
 Y te darán los árboles su sombra
 Para que bajo de ellos te deslices...
 ...¡Vamos, dulce niña parlotera,
 Vamos, que llegó la Primavera,
 Corramos á pasear por la campiña!...
 ¡Oh, si tú supieras, si supieras...
 Cómo vas á tornar!...—¡Mucho más niña!...

JORGE E. SILVA S.

✧ Próxima temporada teatral ✧

Nuestro selecto y simpático público de MUSA JOVEN no conoce á los artistas que me propongo esbozar en estas notas.

Yo tuve ocasión de verlos, admirarlos y aplaudirlos allá en mi lejana tierra de Nicaragua; y en el estuche de mis impresiones, resaltan las dos esmeraldas de los ojos de una gran trágica española que se llama María Díez.

No intento hacer un estudio analítico sobre tal actriz—ya dije arriba «notas»; —y como tales pasaré por sobre preciosos detalles de escena que, aunque luchan en mí por escaparse, los reservo—avaro de recuerdos—tanto más que dentro de muy pocos días habremos de admirar las grandes dotes artísticas de esta Compañía Dramática que trae un escogido repertorio de las mejores obras de este género.

Entonces Monna Lisa, esa simpática y serena escritora que tan magistral pluma tiene, nos brindará el manjar de sus impresiones, que han de ser hondas. Porque, no dudo que habrán de conocerla la genial actriz y el primer actor—un joven impulsivo que hierve en espíritu y sangre; se llama Nicolás Carreras.

Nicolás Carreras es harto joven—de edad material, explico;—que su carrera artística la comenzó de niño, una vez que sus inclinaciones le revelaron todo el caudal de triunfos que el porvenir le reservaba.

Su temperamento, pone en todos sus papeles el sello de una originalidad que le nace de lo hondo: impone tan luego la escena se inicia. Muchas veces yo no pude aplaudirlo, tal era la cantidad de éxtasis magnético que me arrojaban sus miradas trágicas; y siempre que moría en escena me pesaba luego de ir á felicitarlo a su camarín, en donde sufría un verdadero desencanto al encontrarlo vivo.

No me explico cómo el público aplaude al final de ciertos actos.

Para mí cuando un actor «se muere bien» me quedo soñando con el supremo y misterioso fin.

Siempre bajo la cabeza cuando, en fuerza de nutridos aplausos, tiene el actor que presentarse en público, deshaciendo en un gesto de vida todo el trabajo que le ha costado saber morir.

Comprendo que al final de un acto jocoso se levante el telón, porque el mismo movimiento de risa alambica las manos en un aplauso. Pero en lo trágico... la tragedia esclaviza los nervios y pone un nudo de admiración y de silencio en los espíritus grandes.

Falta de gusto y hasta de cultura me parece eso de querer ver «la resurrección del actor».

Carreras muere maravillosamente.

Aquí en Santiago—me escribe María Diez—van á debutar con «La flambeé» —«La Llamarada»—obra esencialmente moral, traducida al castellano por Luis Buígan, presentada con un decorado hermano del que se estrenó en la Comedia Francesa de París. La interpretación es difícilísima, lo cual redundará en abono de la Compañía, que siempre escoge piezas de estas condiciones, consecuente con las actitudes de sus actores.

Ya lo dije en un artículo recién publicado en *Las Últimas Noticias*: la Compañía tendrá especial atención para las obras nacionales. Lo dijo por boca de su representante, y sabrá cumplir su promesa. Allá en Nicaragua, varios autores se vieron aplaudidos merced al empeño de estos simpáticos artistas, hijos de España, la que todavía nos mima con arrullos de madre orgullosa de nosotros.

Santiago Argüello—uno de los más brillantes orfebres de mi tierra—vió su drama «Ocaso», hermosamente interpretado por la Compañía «María Diez»... y esto también lo dije en *Las Últimas Noticias*.

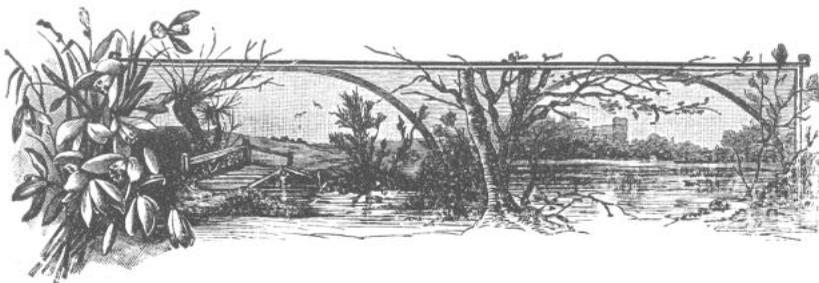
Como he prometido cortos estos renglones, me abstengo de esbozar á los demás actores; sólo los nombraré con una ligera nota; y no á todos:

Pilar Santes es la primera dama joven, y yo puedo compararla con una flor sensitiva de pétalos azules—por aquello de que el azul es el Arte que nos dice Darío;—el galán joven: Leonardo Arrieta, feliz y siempre artista; la característica Carmen López, que inspira repulsión, tan bien caracteriza su papel de vieja alcahueta y revoltosa, amiga de los chismes; Roig, el cómico, viejo característico, y Sánchez, el siempre festivo; Pepe Carreras es un muchacho que diviniza los papeles de «tonto»... ah... me olvidaba de María Luisa Santes, una preciosa florecilla del Arte, graciosa, con la gracia gitana de las mujeres nacidas bajo la lumbre del caprichoso sol de España. Siento no recordar el nombre del que hacía de Obispo en «El Cristo Moderno».

Creo haber llenado mi objeto. He sido sincero.

GABRY RIVAS.

Octubre de 1912.



POESÍAS

Por Vicente García Fernández

✻ EL LIRIO SUSANIE ✻

Del libro en preparación «Serenatas Azules»

I

El Lirio Susanie se abre triunfante
Como un bordado quitasol de seda
Y en su corte y repliegue extravagante
Un caracol marítimo remeda.

Es una flor extraña, flor exótica
Salpicada como un pirograbado,
Es una flor hermosa, una flor gótica
Nacida en un alcázar encantado.

Una flor de mezquita, una flor mora,
Hecha para reinar en el turbante
Del árabe lujoso que la adora.

Es una flor sensual, carnal, grotesca,
Una nocturna mariposa errante
Es una rara flor churrigueresca.

II

El Lirio Susanie se abre triunfante,
Parece que al mirarlo hace una mueca
Como el ojo de un cíclope gigante
Que en una boca de mujer se trueca.

¡Oh simbólica flor de una hechicera
Digna copa de vino en una orgía!
¡Oh misteriosa flor de una quimera
Flor de tristeza al par que de alegría!

Ante mí no te muestres flor maldita
Con tu rictus de geisha engañadora
Y esa coquetería que me irrita.

Es una flor inmunda, flor del lodo,
Es una flor que ríe al par que llora
Con la risa y el llanto de un beodo.

≡ ERA UNA VISIÓN... ≡

Tenía perfil de princesa sajona,
Su noble cabeza pedía corona,
Su labio el cantar de Pierrá y Magalona.

Era una visión como jamás soñé,
Mujer más hermosa nunca la encontré,
Era la Espirita que soñó Gautier.

Al vagar juntos en noches tranquilas
Temblaba algo en sus hondas pupilas
Como un escalofrío entre las lilas.

Cuantas veces sentimos de Dios las huellas
En el sublime de una noche de estrellas
Mientras el viento gime viejas querellas.

Cuantas veces la luna besó su frente,
Alumbrando su rostro resplandeciente,
Y se durmió en sus ojos de fuego ardiente.

Cuantas veces en ensueños celestiales
Murmuré á su oído tiernos madrigales
Mientras temblaban de frío los rosales.

Decía que me adoraba con locura,
Que ya en su alma blanca no había amargura,
Que sólo sentía una inmensa ternura.

Tenía en los ojos un verso de Verlaine,
Tenía en los labios un lied del gran Heine
Convirtió la tierra en un florido Edén.

Un día no hallé por el mundo sus rastros
Se fué... buscaba á sus hermanos: los astros
Y consteló en el cielo sus puros alabastos.

Y aquella muchacha de encanto auroral
Tan pura, tan buena, tan llena de ideal
La más bella rosa del bello rosal
Ahora es un sueño de luz sideral.

❧ JAPONERÍA ❧

(Triángulo Armónico)

Thesa
 La bella
 Gentil princesa
 Es una blanca estrella
 Es una estrella japonesa.
 Thesa es la más divina flor de Kioto
 Y cuando pasa triunfante en su palanquín
 Parece un tierno lirio, parece un pálido loto
 Arrancado una tarde de estío del imperial jardín.

Todos la adoran como a una diosa, todos hasta el Mikado
 Pero ella cruza por entre todos indiferente
 De nadie se sabe que halla su amor logrado
 Y siempre está risueña, está sonriente.
 Es una Ofelia japonesa
 Que a las flores amante
 Loca y traviesa
 Triunfante
 Besa.

❧ MUSSET ❧

Mademoiselle Byron, vate de amores y de engaños
 Cuyos versos exhalan como un hondo gemido
 Aquel que a los veinte años tus versos no ha leído,
 ¡Oh divino poeta!, no ha tenido veinte años.

Yo he sufrido contigo todos tus desengaños
 Yo tus lánguidos versos de fuego he sentido
 Y te he visto llorando como pájaro herido
 Al través de tus cantos, de tus ritmos extraños.

Padre de Bernerette, padre de Margot la bella
 Padre de tanta flor y padre de tanta estrella
 Rey del ensueño místico, rey de la emoción.

He de llegar un día a tu sagrada losa
 Para dejar en ella la rosa más hermosa
 La que has puesto en el alma de tu Mimí Pinsón.

VICENTE GARCÍA FERNÁNDEZ.

De Amado Nervo

AL CRISTO

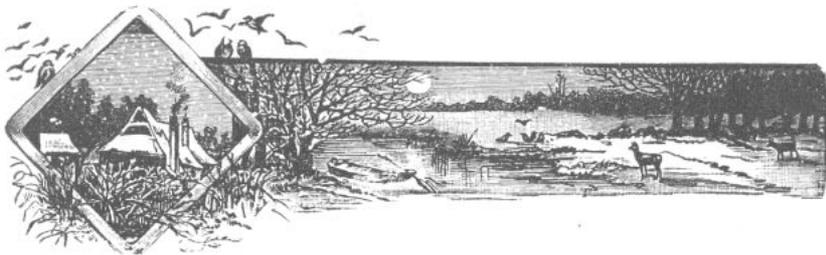
Señor, entre la sombra voy sin tino,
la fe de mis mayores ya no vierte
su apacible fulgor en mi camino;
¡mi espíritu está triste hasta la muerte!

Busco en vano una estrella que me alumbré,
busco en vano un amor que me redima;
mi divino ideal está en la cumbre,
y yo, ¡pobre de mí! yazgo en la cima.....

La lira que me diste, entre las mofas
de los mundanos, vibra sin concierto;
¡se pierden en la noche mis estrofas,
como el grito de Agar en el desierto!

Y paria de la dicha y solitario,
siento hastío de todo cuanto existe...
yo, Maestro, cual tú, subo al Calvario
y no tuve Tabor, cual lo tuviste..

Ten piedad de mi mal, dura es mi pena,
numerosas las lides en que lucho;
fija en mí tu mirada que serena,
y dame, como un tiempo á Magdalena,
la calma: ¡yo también he amado mucho!



≡ EPITALAMIO ≡

A S. M. EL REY (1)

I

Señor, todos los cuentos cuya ingenua fragancia perfumó los tranquilos senderos de mi infancia, contaban de las bodas de un Rey adolescente, noble como una espada, como un Abril riente, con la bella Princesa de una isla lejana, cándida y rubia como la luz de la mañana.

Y estampas luminosas mostraban, ya á los dos recibiendo en el templo la bendición de Dios, ya, en una perspectiva de ensueño, á los fulgores del sol, los milagrosos cortejos de colores: Infantas de pureza lilial y ojos azules, cubiertas de brocados, de joyas y de tulés, Abades, con su adusta comunidad, vestida de blanco y negro (sombras y luz... ¡como la vida!) Señores y Embajadas, radiantes de oro y plata, morados Arzobispos ó Nuncios escarlata.

Los cuentos terminaban con frases siempre iguales, siempre de esta manera: «Y hubo fiestas reales; vinieron muchos príncipes de países extraños, trayendo cada uno magnífico presente, y la Princesa rubia y el Rey adolescente vivieron muy felices y reinaron cien años».

II

Señor, Rey de una tierra de clásica hidalguía en donde, en otros tiempos, el sol no se ponía; Rey de esta madre Patria que miran como hijos innumerables pueblos, los cuales tienen hijos hoy en ella sus ojos oscuros, con amor; descendiente de claros monarcas, oh Señor, en vos miramos todos los hijos de la Grey hispana al joven símbolo de la raza. Sois Rey aún, en cierto modo, de América, como antes: Rey, mientras que el idioma divino de Cervantes meliflora los labios y cante en las canciones de dieciocho Repúblicas y cincuenta millones de seres; mientras rija las almas y la mano el ideal austero del honor castellano.

(1) Leído por su autor en el Ateneo de Madrid la noche del 28 de Abril de 1906.

Rey, mientras que las vírgenes de esa América mía
 lleven en sus miradas el sol de Andalucía;
 Rey, mientras que una boca, con celeste reclamo,
 pronuncie en nuestra lengua sin par un «¡Yo te amo!»
 Rey, mientras de unos ojos ó de unos labios brote
 ya el llanto, ya la risa, leyendo á «don Quijote»;
 Rey, mientras que no olviden al palpitar las olas
 el ritmo que mecía la náos españolas:
 Rey, mientras haya un héroe que oponga el firme pecho,
 como un baluarte para defender el derecho;
 Rey, como cuando el manto de torres y leones
 cobijaba dos mundos como dos corazones;
 Rey, en fin, en las vastas mitades del planeta,
 mientras haya un hidalgo y un santo y un poeta!

III

Señor, aquesta rima que os trae mi labio ufano,
 que siempre se gloria de hablar el castellano,
 es de mi bella patria la ofrenda perfumada,
 el lírico homenaje de mi Méjico amada,
 de Méjico, sirena que en dos mares se baña
 y á quien nuestros abuelos llamaron «Nueva España»,
 por que en ella encontraron la imagen de este suelo:
 ¡la misma tierra ardiente y el mismo azul del cielo!

IV

Señor, como en los cuentos cuya ingenua fragancia
 perfumó los tranquilos senderos de mi infancia,
 celebráis vuestras bodas, vos, Rey adolescente,
 noble como una espada, como un Abril riente,
 con la bella Princesa de una isla lejana,
 cándida y rubia como la luz de la mañana.

¿Qué desear ahora para vuestro contento
 sino que todo acabe también como en un cuento,
 y pueda repetirse con las sacramentales
 palabras de los cuentos:

«Y hubo fiestas reales;

vinieron muchos príncipes de países extraños,
 trayendo cada uno un magnífico presente
 y la Princesa rubia y el Rey adolescente,
 vivieron muy felices y reinaron cien años!»



☞ VIEJA LLAVE ☞

Esta llave cincelada
que en un tiempo fué, colgada,
(del estrado á la cancela,
de la despensa al granero)
del llavero
de la abuela,
y en continuo repicar
inundaba de rumores
los vetustos corredores;
esta llave cincelada,
si no cierra ni abre nada
¿para qué la he de guardar?

Ya no existe el gran ropero,
la gran arca se vendió:
sólo en un baúl de cuero,
desprendida del llavero
esta llave se quedó.

Herrumbrosa, orinecida,
como el metal de mi vida,
como el hierro de mi fe,
como mi querer de acero,
esta llave sin llavero
¡nada es ya de lo que fué!

Me parece un amuleto
sin virtud y sin respeto;
nada abre, no resuena...
¡me parece un alma en pena!

Pobre llave sin fortuna
...y sin dientes, como una
vieja boca, si en mi hogar
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¿para qué te he de guardar?

*
* *

Sin embargo, tú sabías
de las glorias de otros días:
del mantón de seda fina

que nos trajo de la China
la gallarda, la ligera
española nao fiera.
Tú sabías de tibores
donde pájaros y flores
confundían sus colores;
tú, de lacas, de marfiles
y de perfumes sutiles
de otros tiempos; tu cautela
conservaba la canela,
el cacao, la vainilla,
la suave mantequilla,
los grandes quesos frescales
y la miel de los panales,
tentación del paladar;
mas si hoy, abandonada,
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¿para qué te he de guardar?

*
* *

Tu torcida arquitectura
es la misma del portal
de mi antigua casa oscura,
(¡que en un día de premura
fué preciso vender mal!)

Es la misma de la ufana
y luminosa ventana
donde Inés mi prima y yo
nos dijimos tantas cosas,
en las tardes misteriosas
del buen tiempo que pasó .

Me recuerdas mi morada,
me retratas mi solar;
mas si hoy abandonada,
ya no cierras ni abres nada,
pobre llave desdentada,
¿para qué te he de guardar?



Devotamente á tí

(Para «Musa Joven»).

Dame la mano, amada, vámonos lentamente,
Por la senda sombreada de los días felices,
Dame la mano, amada, vámonos lentamente
Conversando de muchas cosas tristes...

Dale adiós á las calles y á las cosas ruidosas
Donde canta el sonoro gorrión del regocijo,
Dame la mano, amada, vámonos lentamente
Perfumando el silencio del camino.

Tú amada eres un blanco milagro en la jornada,
Un reposo, una senda,
Un árbol en la linde de un camino
Y una queda canción de primavera.

Cojidos de las manos te rezaré ferviente:
Te amo cuando te ríes, te amo cuando meditas,
Te amo cuando me llamas,
Te amo cuando me olvidas.

Te recuerdo en mis dudas, te recuerdo en mis gozos,
Y cuando me hallo triste, y cuando me hallo solo.
Venero tus silencios, venero tus palabras,
Y tus ojos serenos, y tus manitas blancas.

Te amo porque sonríes y porque sueñas siempre
Y por que hablas de todo amarga y locamente,
Porque sabes reír, porque sabes pensar,
Porque sabes querer, porque sabes llorar.

De mi breviario amante he sacado este rezo
Musical y ferviente
Y te lo he de decir, con las manos unidas,
Melancólicamente, meaucólicamente...

Y después de rezarte te besaré en la boca
Para que el beso sea como una comunión,
Y después seguiremos por el blando camino,
Amándonos, besándonos, tomándonos los dos.

Por la acera sombreada de los días felices
Echemos á rodar nuestro cariño siempre
Humildes, ignorados, silenciosos, felices...
Dame la mano, amada, vámonos lentamente.

